Francisca Herraiz

Un soplo de nieve

Amazon

Un soplo de nieve

Francisca Herraiz

Un soplo de nieve
Francisca Herraiz
Correcciones: Francisca Herraiz
© Francisca Herraiz, 2020
Diseño de cubierta: Francisca Herraiz
Distribuido por: Amazon
Primera edición – noviembre, 2020
Registro de Proyecto Editorial 01/11/2020 2011015774242
Todos los derechos reservados

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

1

Su vida era perfecta y no necesitaba más. Aquí podría terminar la historia, pero no, todo tenía que complicarse.

Sí, todo era perfecto, menos su nombre, Peonia. Sus padres, conservadores, le pusieron el nombre de su abuela. No lo tenía mejor su hermana, Jacinta, aunque, visto lo visto, lo prefería al suyo. De todos modos, el nombre, por feo que le pareciera, no le impidió triunfar en la vida y conseguir todos sus propósitos. Todos. Incluso el de estar soltera y sin hijos. Nunca quiso casarse, lo veía innecesario y eso de tener hijos, menudo fastidio, niños correteando, llorando, molestando e impidiendo hacer su trabajo, subir puestos, ascender hasta llegar a directiva. Vaya, eso no lo cambiaba por nada. Lo había visto en su hermana que se casó a la tierna edad de veinte años, con su novio del instituto, tan típico que le hacía reír. El amor de su vida, le decía. Pasados unos años, se quedó embarazada, tuvo cuatro niños, todos varones, y ahora estaba embarazada del quinto, en busca de la niña. Por lo visto la ecografía les dio la buena noticia y al final tendrían la niña tan deseada y Peonia solo esperaba que dejara de tener más criaturas. Su casa era un caos, todo por medio, olía mal, todos gritando, era un bullicio constante. Para colmo de males también tenían perro. Y tantos niños hicieron que su hermana se quedara en casa para cuidarles, mientras su marido trabajaba trayendo a casa un mísero sueldo que no les llegaba para nada. Vacaciones, cero. Cenas románticas, ninguna. Tomar algo en el bar, para nada. El dinero se lo llevaba la hipoteca, la comida, mucha comida y las facturas. No entendía cómo podía ser feliz con esa vida. No la envidiaba para nada. Es más, odiaba tanto la vida de su hermana, que solo la visitó una vez. Nunca volvió a ese pequeño piso caótico. En navidades les enviaba buenos regalos, era una buena hermana y una buena tía. Les llamaba para felicitarles las fiestas y poco más. Jacinta sí la llamaba de vez en cuando para ver cómo estaba, para hablar, pero Peonia siempre estaba tan ocupada que le colgaba en seguida con la promesa de hablar otro día, aunque ese día no llegara nunca y tuviera que ser Jacinta quien la volviera a llamar. Tampoco entendía esa dependencia. Ya eran mayores, sus padres murieron hacía unos años y cada una tenía su vida, distinta, distante. Cada una eligió su camino, ¿no podía su hermana dejarla tranquila? No le apetecía nada que la llamara para contarle algo sobre su marido, o sobre alguno de sus sobrinos. Eran temas aburridos que no le interesaban en absoluto.

Luego estaba su casa. Tan distinta a la de su hermana. Dado su abultado sueldo, pudo permitirse la casa soñada, dos plantas, garaje, piscina, jardín, terraza, jacuzzi, gimnasio, cocinera, limpiadoras, chófer. Y varios coches. Uno para ir al trabajo, más formal, oscuro. Otro para los finas de semana, más rápido y pequeño, funcional. Otro para ir de vacaciones, un todoterreno. Otro para fardar, descapotable.

También tenía su casa de vacaciones, por supuesto, en Canarias. También con piscina, jardín, dos plantas, en fin, no se privaba de nada. Cuando ella estaba en Canarias dejaba a su hermana pasar unos días en su casa de Girona. Total, tenía sirvientas que lo dejaban todo limpio cuando se marchaban, para ella no era un problema y le hacía sentirse buena persona. Sus sobrinos disfrutaban de la piscina y ella podía disfrutar de unas vacaciones lejos de todo, incluso de su familia.

Le gustaba ir de compras los sábados, por eso tenía grandes roperos en ambas casas, todos abarrotados de trajes, vestidos, chaquetas, abrigos y, zapatos, muchos zapatos. Así como complementos, fulares, anillos, gargantillas, pendientes. Le encantaban las joyas. También las fiestas, que solía realizar una vez al mes, amén de las que asistía por invitación.

Su vida social era amplia, aunque no podía presumir de grandes amistades. Conocía a mucha gente, pero todos por un mismo fin, el dinero. Más clientes, más acuerdos, más sonrisas para firmar un contrato y llenar aún más sus bolsillos.

Le iba bien. No quería atarse a nadie, intimar con nadie. Las relaciones que mantenía con sus conocidos eran las perfectas, las justas, hablaban casi por obligación, normalmente de trabajo y poco más, después cada uno a su casa, a sus obligaciones y a no meterse en la vida del otro. Eso es lo que ella hacía, suponía que no todas las mujeres actuaban igual, había más de una chismosa, eso era inevitable. Aunque ella nunca hacía caso de las habladurías, ni siquiera estaba al tanto de los últimos chismorreos, estaba demasiado ocupada y centrada en el trabajo para prestar atención a esas chiquilladas.

El chófer, como cada mañana, la dejó en el trabajo. Se bajó, vestida con un traje chaqueta color azul oscuro, falda hasta las rodillas, zapatos de tacón ancho, eran algo más cómodos que los de tacón de aguja. Gafas de sol de marca, un pañuelo de seda al cuello, el maletín de piel en su mano derecha. Todo adornado bajo un grueso chaquetón de piel. Caminó segura, con la cabeza alzada, hasta la entrada del recinto. El guardia de seguridad le abrió la puerta y le dio los buenos días. Ella le sonrió levemente sin decir nada y fue directa al ascensor.

Otro espléndido día de trabajo. Le encantaba ir a la oficina, centrarse en el papeleo, en las ventas y nada más. Oh, y se acercaba navidad, la mejor fecha para vender. Al acercarse a su despacho, su secretaria, como de costumbre, le cogió el abrigo y le entregó un café descafeinado, con leche desnatada y sin azúcar. Bebió un trago y fue hacia su sillón reclinable, de color negro, que presidía una gran mesa de oficina, de roble. Había unas cuantas plantas adornando la estancia, así como varias estanterías y un gran ventanal detrás. Una gruesa alfombra frente a la mesa. En una de las paredes había un sofá y dos sillones, frente a ellos una mesita de cristal. A veces le gustaba tener reuniones en su despacho de forma algo más informal.

Encendió el ordenador y comenzó su rutina. Media hora más tarde sonó el teléfono, era su secretaria que, antes de pasarle ninguna llamada, la informaba.

—Su hermana al teléfono.

Peonia alzó los ojos al cielo, no se cansaba nunca de importunarla. Le tenía dicho que no la llamara en horas de trabajo.

—Dice que es urgente.

—Pásamela. —dijo a regañadientes.

El teléfono sonó y pulsó el botón para escuchar la voz de su hermana en manos libres.

—¿Qué pasa? —le dijo sin despegar los ojos de la pantalla.

—Raúl está en el hospital, un energúmeno se ha saltado un semáforo y le ha atropellado cuando iba al instituto. —Su voz sonaba angustiada.

Peonia miró el teléfono intentando recordar quién era Raúl, tenía tantos sobrinos que nunca conseguía saber quién era cada cual.

—¿Está bien? —dijo algo fría.

—Un golpe en la cabeza y magulladuras. Los médicos quieren que se quede para vigilar el golpe en la cabeza. ¿Puedes ir a recoger al resto de mis hijos cuando salgan del colegio?

Como si ella tuviera tiempo.

—¿No puede ir tu marido? Yo estoy bastante ocupada.

—Él ha salido del trabajo en cuanto le he llamado y viene hacia aquí, está preocupado, como yo. Solo necesito que cuides de mis niños unas horas, luego irá su padre a buscarlos, por favor.

Cómo le gustaba dramatizar. Se pasó la mano por la cara mientras negaba con la cabeza, ¿cómo podía pedirle algo así? ¿Es que no sabía apañárselas sola? Era increíble. Al final dijo:

—No te preocupes, yo me encargo y dile a Raúl que se mejore.

No esperó a que le dijera nada, colgó y pulsó el botón que le pasaba con la secretaria.

—Sonia, llama a mi chófer y dile que pase por el colegio de mis sobrinos para recogerlos y llevarlos a casa. A mi casa no, a la suya, por favor, ni se le ocurra confundirse, ¿de acuerdo?

—Entendido.

A la hora de comer su secretaria le trajo comida preparada, normalmente una ensalada, un yogur desnatado y una fruta. Comió en el despacho, a solas. A la tarde, a eso de las seis, se fue a casa. Su secretaria le entregó el abrigo y su chófer estaba en la puerta esperándola. O no. ¿Dónde estaba? Miró arriba y abajo de la calle, no se veía el coche, en su lugar vio a un mendigo pidiendo limosna. Se le veía tan sucio y su mal olor llegaba hasta allí. ¿Dónde estaba la policía cuando se les necesitaba? Aquel era un buen barrio, ¿cómo dejaban a gente como aquella pasear por ahí? Le esquivó, no quería oler mal, o coger cualquier enfermedad. Deberían prohibirles pasear por las calles, ¿por qué no tenerles en un centro, alejados de la gente normal? Una vez perdió de vista al mendigo, cogió el móvil para llamar a su chófer y saber por qué no había ido a recogerla.

—Señorita, sus sobrinos están en su casa… —dijo con voz temblorosa.

—¿Perdona? Creo haber sido muy clara al respecto.

—No tienen las llaves de su casa y hasta que no llegue su padre se han quedado aquí. Las sirvientas ya se han ido y el mayordomo tenía hoy el día libre, así que no me ha quedado más remedio que acompañarlos, no quería dejarlos solos.

—Está bien, está bien, supongo que has hecho bien, yo, no sé, iré en taxi.

Le colgó. Menudo contratiempo, esperaba que el padre de esos pequeños demonios no tardara en llegar. No quería a esos mocosos rondando en su santuario.

Miró la carretera, no veía ningún taxi. Su casa tampoco estaba tan lejos, podía ir dando un paseo. Hacía buen día y así daba tiempo a su cuñado a recoger a sus sobrinos.

Escuchó una campana sonar varias veces.

—Ho ho ho, feliz Navidad. ¿Una limosna para los sin techo?

Lo que le faltaba, un Papá Noel con su traje, su barba postiza, su campana amarilla sonando una y otra vez y el vaso de plástico para pedir dinero. Si tuviera que dar dinero a todo el que pedía se arruinaría en un día. Pasó de largo.

—Señorita…

No podía ser, ¿le estaba siguiendo? Apretó el paso.

—Señorita…

Se giró para ver al Papá Noel pisándole los talones, había dejado la campana para coger su pañuelo de seda. Se tocó el cuello, por lo visto debió caérsele. Se detuvo para recogerlo.

—Espero pase unas bonitas navidades junto a su familia.

Le dijo el Papá Noel. Ella cogió el pañuelo, pero él lo retuvo un momento.

—¿Tiene familia?

—¿Y a usted que le importa? —le espetó sin más, menudo insolente metomentodo.

—Es triste la Navidad cuando uno está solo, yo lo veo todos los años. Hay mucha gente sin hogar, sin familia. Usted está sola, muy sola y no lo sabe.

—Devuélvame mi pañuelo. —le dijo mirándole con desprecio.

—Que tenga una bonita Navidad —dicho lo cual le sopló en la cara y su aliento estaba helado.

Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara congelada. ¿Pero qué hacía ese tío? Al abrir los ojos, el Papá Noel no estaba y ella tenía su pañuelo en la mano. Suspiró aliviada, menos mal que se había ido, ya pensaba en llamar a la policía. Estúpido farsante, le vestían de Papá Noel y ya se creía capaz de juzgar a las personas. ¿Quién se creía que era, Santa Claus de verdad? Esos tipos

estaban todos locos. Le gustaba la navidad por las compras, a ella le encantaba comprar y vender, pero odiaba los sentimentalismos, los árboles, los adornos, las reuniones familiares. Ella hacía años que celebraba la navidad sola, o en alguna isla tropical, escapando del frío y las tonterías.

Por fortuna, un taxi apareció. Se subió en él y le pidió que le llevara a casa. Al llegar, todo estaba tranquilo. Su chófer la recibió en la entrada, su cuñado estaba con todos los críos revoloteando a su alrededor, parecía que se preparaban para marcharse, gracias al cielo.

—Pensé que ya os habríais ido —dijo a modo de saludo. Dejó el abrigo, el bolso y el maletín en la entrada.

—Y yo pensé que te vería en el hospital, visitando a tu sobrino.

Peonia le miró con frialdad, no entendía cómo su hermana se había casado con ese fracasado.

—Tengo mucho trabajo. —Cogió su bolso y sacó del monedero 50€—. Toma, dale esto a tu hijo, seguro que se alegrará.

Su cuñado miró el billete con cara seria, negó con la cabeza.

—No necesita tu dinero. —Revolvió el cabello de su hijo más pequeño—. Tu hermana está embarazada, pero no quiere dejar el hospital. Supongo que sería mucho pedir que cuidaras de mis hijos para que yo pudiera ir al hospital y así tu hermana fuera a casa a descansar, ¿verdad?

Peonia le miró con los ojos muy abiertos, ¿en serio le pedía cuidar de esos diablos? Estaba loco si pensaba que aceptaría.

—Tú eres su padre, no haber tenido tantos hijos. No es mi problema, ya te he dicho que tengo mucho trabajo, demasiado que mi chófer los ha cuidado hasta que has llegado. No entiendo qué hacéis, venga a tener hijos sin ni siquiera tener un buen trabajo y, ahora, ¿qué? ¿Es mi responsabilidad? Perdona, pero no. Mi vida es mi trabajo, si tienes problemas familiares, te apañas, es lo que tú has elegido.

Su cuñado miró el suelo, apretando los labios. Asintió con gesto triste.

—Entiendo. Ya nos vamos.

Le estrechó la mano al chófer y le dio las gracias. Los vio marcharse dejando una grata tranquilidad al cerrarse la puerta. Miró a su chófer.

—Gracias, puedes irte, recógeme mañana a la hora de siempre.

—Sí, señorita.

¿Él también la juzgaba? La había mirado como si hubiera hecho algo malo. Solo dijo la verdad, si se habían cargado de hijos no era problema suyo.

La casa estaba en silencio, como a ella le gustaba. Miró su móvil y contestó los mensajes pendientes mientras se preparaba un baño. Se sirvió una copa de vino. Se bañó escuchando música clásica, sin pensar en nada, disfrutando del momento. Cenó en su terraza cubierta, viendo las estrellas, se preparó para irse a dormir cuando el timbre de la puerta sonó. Al no estar el mayordomo fue ella quien tuvo que abrir. La casa estaba apartada y no solía llamar nadie, menos a esas horas.

—¿Quién es?

Preguntó a la puerta cerrada.

—¿Puede atenderme un momento, por favor?

Miró por la ventana que había junto a la puerta. Vio a un hombre vestido con andrajos, lleno de suciedad, con el pelo enmarañado. Lo tenía claro si pensaba que iba a abrirle estando sola. Reparó en que estaba tiritando y es que afuera nevaba. Debían estar varios grados bajo cero.

—Solo me preguntaba si podía darme una manta, hace mucho frío esta noche.

—Lo siento, estoy sola, vaya a un albergue.

—Por favor, solo algo de abrigo.

—Mire, esta es una propiedad privada, o se larga de mi porche o llamo a la policía.

Le vio agachar la cabeza y bajar las escaleras del porche. Bien, por fin sola. Ahora sí, subió a su cuarto y desconectó de todo, olvidando por completo el pequeño percance con Papá Noel.

2

El despertador no había sonado, así que tuvo que darse prisa. Se dio una ducha rápida, se puso lo primero que vio en el armario, se tomó un zumo y una galleta, no le daba tiempo de nada más. Miraba el reloj cada pocos segundos, todavía estaba a tiempo. Fue a la entrada, cogió su bolso, su móvil, las llaves y el maletín, lista para comenzar un nuevo día. Abrió la puerta y una fuerte ráfaga de aire frío le golpeó en la cara, cegándola unos segundos. Cerró sin mirar y bajó las escaleras con cuidado, estaban llenas de hielo. Se limpió los ojos con su pañuelo de seda y buscó a su chófer. ¿Otra vez no estaba? ¿Y ahora qué? Llegaba tarde al trabajo y para colmo su chófer había decidido faltar al trabajo, sin avisar. Ya podía considerarse despedido. Esa misma semana comenzaría a buscar a otro.

—¡Eh, usted! ¿Qué hace en mi propiedad?

Peonia se giró para ver a un hombre, ¿cómo? Era su chófer, pero iba bien vestido, no con el uniforme negro de trabajo. Sus pantalones caqui eran de buena calidad, al igual que su camisa blanca. Y esos zapatos, costaban un dineral. ¿De dónde había sacado él dinero suficiente para vestir así? Ella no le pagaba lo suficiente, de eso estaba segura.

—Robert, llego tarde al trabajo, no tengo tiempo de juegos estúpidos, coge el coche y vámonos.

Robert la miró desconcertado. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—¿No me has oído? Ve a por el coche o te juro que te despido ahora mismo. —casi le gritó, estaba nerviosa, ya debería haber llegado a su despacho.

—Señora…

—Señorita —le corrigió ella.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo.

—Pero ¿qué estás diciendo? Se acabó, estás despedido.

—Mire, no sé cómo sabe mi nombre, ni por qué se empeña en despedirme, soy el dueño de esta propiedad y jefe de una gran empresa, lo que me gustaría saber es quién es usted y por qué está dentro de mi propiedad dándome órdenes.

Aquello era un disparate. Le vio sacar el móvil.

—Le doy cinco segundos para largarse de mi propiedad.

Le dijo Robert. Igual todavía estaba soñando. O tal vez Robert se había dado un golpe en la cabeza. De todos modos, no tenía tiempo.

—Ya hablaremos cuando vuelva esta tarde —le dijo ella saliendo del terreno. Cogió el móvil y llamó a un taxi.

Vio a Robert cerrar la verja.

—No se le ocurra volver por mi propiedad, desquiciada.

Peonia le miró sorprendida, ¿qué le había llamado? ¿Así le agradecía que le diera trabajo cuando nadie más lo hacía? Pues que se apañara con el paro, a ver si a sus casi sesenta años había alguien que le contratara. Estúpido desagradecido. Pero ella tenía la última palabra, vaya que sí. Robert no sabía con quién estaba tratando.

Cogió el taxi y la dejó en el trabajo. Sacó su monedero y, estaba vacío. ¿Cómo? Siempre llevaba efectivo para contratiempos como aquel. Estaba segura de tener dinero cuando llegó a casa la noche anterior. Se puso seria, tal y como estaba Robert le veía muy capaz de haberle robado. Él tenía llaves de casa, el muy tunante. Cómo se la había jugado. Ya lo notó raro cuando echó de casa a su cuñado, ¿y si ambos estaban compinchados? Los veía capaces, ambos estaban

enfadados con ella por su comportamiento, un comportamiento que ella veía normal.

—Diez con noventa, por favor.

Repitió el conductor.

—¿Espera un momento? He olvidado coger dinero.

El hombre se giró para mirarla.

—Sí, claro. Ya he oído esa escusa muchas veces.

—Trabajo ahí enfrente, cojo el dinero y le pago, ¿por quién me toma?

—Por una caradura. ¿Usted trabaja ahí? Claro y yo soy el presidente. Venga, págueme o llamo a la policía.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en llamar a la policía? Unos toques en el cristal. ¿Aquel era el papá Noel de la tarde anterior? El conductor del taxi bajó la ventanilla.

—Conozco a la señorita, tome —Le entregó quince euros— quédese con el cambio, ya casi es Navidad.

—Gracias, amigo. —Se giró hacia ella—. Agradezca a papá Noel su suerte, baje de mi coche.

—Con mucho gusto y no se piense que volveré a pedir sus servicios.

Se bajó estirándose la ropa para colocarla bien. Santa Claus la miraba con una extraña sonrisa. Ese hombre empezaba a ser bastante inquietante.

—Feliz Navidad —le dijo sacudiendo la campana.

—Le devolveré el dinero.

—Un gracias es suficiente.

—No necesitaba su ayuda, tengo dinero.

—Que pase felices fiestas.

Le dijo dándose la vuelta para seguir pidiendo a los transeúntes. Peonia pensó que era un hombre extraño. Si no quería el dinero, mejor para ella, el trayecto le salía gratis. Caminó con paso ligero hacia el edificio donde trabajaba. Allí vio al guarda de seguridad, esta vez no le abrió la puerta. ¿Qué le pasaba a todo el mundo, se habían empeñado en ser todos unos estúpidos? Pasó de él, llegaba demasiado tarde y tenía una reunión importante. Llegó a su planta, pero no encontró a su secretaria, en su lugar había una chica que no conocía.

—¿Quién eres?, ¿dónde está mi secretaria?

—¿Perdone?

—No importa, toma mi abrigo, tengo prisa.

—Señora, ¿tiene cita?

Peonia miró a la chica nueva, estaba claro que no sabía quién era.

—La jefa de planta no necesita cita, ¿no te parece?

—¿Cómo dice?

Aquella chica era estúpida. Entonces vio salir de su despacho a su secretaria, bien vestida, con un traje caro. Estaba hablando con los hombres que debían reunirse con ella. ¿Su secretaria había tomado el control porque ella llegaba tarde? Por una parte, estaba bien, por otra era tomarse demasiadas libertades.

—Siento llegar tarde —se acercó a sus clientes.

Todos enmudecieron y la miraron de arriba abajo.

—¿Desea algo? —preguntó su secretaria.

—Ir a mi despacho y hacer la reunión que tenía prevista. —Miró a sus clientes—. Ha sido un día de locos, pero ya estoy aquí.

—¿Y usted es? —volvió a preguntar su secretaria.

Peonia la miró enfadada, ¿a qué venía todo eso?

—Deja de hacerte la tonta y deja de suplantar mi identidad.

—Disculpe —dijo su secretaria con voz autoritaria— este es mi despacho, estos son mis clientes y no le permito que me insulte. —Se giró hacia la chica nueva—. Llama a seguridad y que saquen a esta loca de aquí.

—¿Cómo dices? Estás despedida, no consiento que me hables de ese modo. —Se indignó Peonia.

—Por favor, que venga seguridad de una vez, esta mujer desvaría, debería estar en un centro, volvamos al despacho y cerremos el trato.

—¿Qué trato? Esos son mis clientes.

—Señora, acompáñeme a la salida.

Un hombre de seguridad la cogió del brazo, ella lo miró asombrada.

—¿Se puede saber qué hace?

—Pedirle amablemente que abandone el edificio. ¿O prefiere que sea por las malas?

Ella se zafó de su mano con un golpe brusco.

—Déjeme en paz, sé dónde está la salida. —Miró a su secretaria—. Esto no quedará así, ahora mismo me voy a los juzgados.

Todos la miraban como si estuviera loca. No entendía nada, ¿qué estaba pasando? Se apresuró a salir de allí. El aire frío le sentó bien, qué día de locos. ¿Y ahora qué hacía? Su chófer parecía haberse adueñado de su casa, su secretaria de su trabajo, no tenía dinero ni para un taxi. Sintió un fuerte golpe en el brazo, un hombre le había quitado el bolso y corría con él.

—¡Eh! —gritó desesperada. Con los tacones no podía correr—. Al ladrón, me ha robado el bolso.

Le vio girar la esquina y perderle de vista. Nadie hizo nada por ayudarla, la gente seguía paseando a su alrededor, mirándola como si estuviera chalada. No quedaba otra, iría a casa de su hermana y allí pensaría cómo desenredar todo aquel embrollo, llamaría al juzgado, pondría denuncias, haría lo que fuera por quitarse a esos parásitos de encima. Desagradecidos.

Comenzó a caminar dirección al piso de su hermana.

3

Le dolían los pies, aquellos zapatos no estaban hechos para largas caminatas. Echaba de menos su móvil, sus tarjetas y su dinero. Al menos tenía su grueso abrigo, la temperatura empezaba a bajar y el cielo estaba blanco, esperaba que no se pusiera a nevar. Mientras se acercaba al piso de su hermana, pensaba en cómo la recibiría. Tal vez ni siquiera estuviera en casa y encontrara a su cuñado, entonces lo tendría bastante mal. No le conocía bien, pero parecía rencoroso. La verdad es que nunca se había molestado en hablar demasiado con él, ni mucho menos en saber cómo era. Solo supo que era el novio de su hermana, que se enrollaron, que decidieron casarse y tener un montón de hijos. A Peonia no le gustaba meterse en las vidas de nadie, ni en la de su hermana. Él era el marido de Jacinta, nada más. Para Peonia tenía poca importancia, tenía cosas mejores en las que dedicar su valioso tiempo.

Un vecino salía en ese momento de la portería, aprovechó para entrar dentro. Allí se estaba algo mejor, el aire helado quedaba fuera. Cogió el ascensor. Bajó en el cuarto piso. El edificio no estaba mal, parecían haberlo arreglado. Hacía tanto tiempo que no visitaba a su hermana que no recordaba casi nada. ¿Era la segunda puerta? Sí, pensaba que sí.

Llamó al timbre y el perro comenzó a ladrar. Se escuchaban los niños gritar, siempre había ruido en aquella casa, no entendía cómo no se volvían locos. Esperó que abriera su hermana y así lo hizo.

—Gracias al cielo —dijo Peonía intentando entrar, pero su hermana le puso una mano delante, impidiéndole el paso.

—¿Qué hace, a dónde cree que va?

Peonia se quedó parada mirándola fríamente. ¿Tan enfadada estaba?

—¿Cómo está…? —¿Cuál era su nombre? — ¿tu hijo? ¿Sigue en el hospital?

Jacinta frunció el ceño.

—Creo que se equivoca de piso, señora.

¿Señora? Se estaba pasando.

—Jacinta…

—¿Cómo sabe mi nombre? ¡Julio!

—¿Qué dices? Jacinta, te estás pasando, siento haber sido tan brusca ayer, pero sabes que tengo mucho trabajo, no tengo tiempo de cuidar niños.

Julio apareció tras Jacinta.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Esta mujer, quería entrar en casa.

—¿Vas a decir mi nombre, o vas a seguir fingiendo que no me conoces? Mira, me han robado, he tenido un día de perros, solo quiero que me dejes llamar por teléfono y me prestes algo de dinero, sabes que te lo devolveré.

—Señora, deje de molestarnos.

Julio apartó a Jacinta de la puerta.

—¡Lárguese! —Le dijo de malas maneras.

—No vas a ayudarme, ¿verdad? Ya vi cómo me mirabas anoche, pero no pensé que fueras capaz de negarme tu ayuda, eres un rencoroso.

Julio la miró extrañado, se echó hacia atrás y le cerró la puerta en las narices. ¿En serio la dejaban en la calle?

—Jacinta, soy tu hermana mayor…

—Señora, soy hija única. —La oyó decir tras la puerta—. Deberíamos llamar a un centro, tal

vez se haya escapado de algún psiquiátrico.

—No llames a nadie y escucha bien lo que te voy a decir, ahora soy yo la hija única, no vuelvas a llamarme nunca más, ¿me oyes? No quiero saber nada más de ti, de tus mocosos o de ese pelele que tienes por marido.

—¡Voy a llamar a la policía!

—No hace falta, ya me voy.

Salió del edificio indignada, ¿cómo podía su propia hermana tratarla así? Todo porque no quiso cuidarle a los niños. Estaban con su padre, no estaban solos, pero ella sí lo estaba, necesitaba ayuda y le cerraban la puerta en las narices. No volvería a cogerle el teléfono, nada de regalos en navidad, nada de recoger a sus hijos, su relación se terminaba ahí. Jamás se había sentido tan ultrajada.

De nuevo en el frío exterior. Miró la calle, no sabía a dónde ir ni qué hacer. Escuchó unas campanas. No podía ser, otra vez él, ¿es que era un acosador que la estaba siguiendo?

—¿Un mal día?

Le dijo, Peonia se giró para ver a papá Noel.

—¿Me está siguiendo?

—Solo me aseguraba que todo fuera bien, ¿tienes alguna pregunta?

—Sí, ¿por qué me sigue?

—¿Crees en la magia de la Navidad?

Ese tío estaba loco, se cruzó de brazo y comenzó a caminar. Iría a la policía y denunciaría el robo de su bolso, luego intentaría volver a casa. De nuevo la campana.

—¿Puede dejar de tocar esa dichosa campana y dejarme en paz? —le espetó de mal humor.

—Has tenido una vida fácil, tus padres te dieron buenos estudios, una carrera, te prestaron dinero cuando quisiste emprender, conseguiste un buen empleo, lograste ascender sin esfuerzo, porque se te daba bien tratar con la gente, se te daba bien vender y llegaste a lo más alto en poco tiempo. El dinero te llovía, tenías la casa que siempre deseaste, ropa, vacaciones, una vida cómoda.

Peonia se detuvo para mirar a ese hombre, ¿cómo sabía todo eso?

—¿Va a matarme? —parecía un psicópata, la seguía, conocía todo de su vida, tal vez iba a secuestrarla y pedir un rescate—. Tengo mucho dinero, puedo darle el que quiera.

—En esta realidad no tienes nada, Peonia.

Y sabía su nombre. Estaba claro que iba a secuestrarla. Miró la calle, no había nadie, ¿dónde se había metido todo el mundo?

—¿Qué quiere? —dijo asustada.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño, solo quiero ayudarte, que valores la vida, no solo la tuya, también la de los demás. Te has alejado tanto del camino que ya no ves más allá del dinero. Tu hermana no te conoce porque tus padres, en esta realidad, no te adoptaron. Sabes que ellos buscaban un hijo y no podían tenerlo, por eso te adoptaron, pero dos años después tu madre se quedó embarazada de Jacinta. En esta realidad, solo tuvieron a Jacinta, tú seguiste en el orfanato. No tuviste estudios y tuviste que trabajar limpiando. Te pillaron robando y te echaron. Luego no conseguiste otro trabajo y malviviste en la calle. Esta es tu otra realidad, la que hubiera sido si tus padres no hubieran decidido adoptarte con nueve años, una edad en la que ya pensabas que nadie te querría. Te prefirieron a ti antes que a un bebé, pensaron que un bebé tendría más oportunidades y que, si te adoptaban a ti, te ofrecían la última oportunidad de tener un hogar. Tu hermana creció adorándote, cuando supo que eras adoptada te dijo que no le importaba, eras su hermana, habíais crecido juntas y nunca dejó de llamarte, de acudir a ti en busca de consejo o

ayuda. El dinero, tu trabajo, tu comodidad, han hecho que olvides todo eso. Estás donde estás porque otros estuvieron allí antes, porque otros te ayudaron, te dieron su amor, su compañía, su dinero, su tiempo. De no tenerlos a ellos, no tendrías nada. y es aquí donde estás ahora, en la realidad donde nadie te ve, tus padres decidieron no adoptar, tu hermana nunca te ha conocido, no tienes a nadie en quien apoyarte, quien te aconseje, quien te ayude. Estás sola y sin dinero, sin propiedades, tu casa es la calle. Solo quiero que aprendas lo dura que puede ser la vida en ocasiones, solo así podrás apreciar lo que realmente importa. Y no te preocupes, todo volverá a la normalidad cuando encuentres el camino correcto.

De nuevo le sopló en la cara aquel aire gélido. Peonia cerró los ojos y sintió un tirón en el cuello, ¿qué pasaba ahora? Alguien le había robado el pañuelo de seda. Perfecto y su papá Noel había desaparecido. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo sabía tanto de su vida? Todo volvería a la normalidad cuando encontrara el camino correcto. ¿Qué camino? ¿Una realidad alternativa donde era pobre, en serio? No podía ser cierto. Entonces, ¿no tenía casa? ¿Su chófer era el dueño de la casa en esa realidad? ¿Y no era la jefa de ninguna empresa? Era un disparate. ¿Y qué se supone que debía hacer?

4

Ni un mísero euro. Nunca reparó en lo importante que podía ser un solo euro. Parada frente a un restaurante de comida rápida, veía el precio de una hamburguesa sencilla. Un euro, solo uno y no lo tenía.

No recordaba haber tenido hambre nunca. Lo típico de saber que es hora de comer o cenar y parar para comer en un restaurante, o pedir comida a domicilio, nunca tuvo tanta hambre como en ese momento. Lo único que había comido ese día era un zumo y una galleta. Su estómago protestaba. Anochecía, hacía frío y tenía mucha hambre.

Caminó hasta el parque y se sentó en un banco. Cuando todo se quedó tranquilo, cuando nadie paseaba por allí, se tumbó y se echó encima el abrigo. Echaba de menos su enorme cama, su baño caliente, una buena cena. Se durmió, fue un día largo y extraño. Soñó con enormes árboles de navidad, con papá Noel que la seguía y acosaba, con hermanas de mirada asesina.

Despertó porque tenía frío. Amanecía. Se miró, ¿dónde estaba su abrigo? ¿También se lo habían robado? Claro, podían sacar un buen dinero por ese abrigo, costaba una pasta. Se sentó, abrazándose para entrar en calor. Reparó en el reloj de muñeca, de oro. Y sus anillos. Podía sacar un buen dinero.

—Deme ahora mismo todas sus joyas.

¿De dónde salía ese? Parecía un drogadicto. Llevaba una navaja en la mano y su pulso dejaba mucho que desear, debía estar con el mono.

—No estoy de broma, señora.

—Señorita.

Todo el mundo se empeñaba en llamarla señora y ella jamás se había casado. Comenzó a quitarse los anillos, empezaba a pensar que todo eso formaba parte del macabro plan de papá Noel. Dejarla sin nada. Se quitó el reloj y la gargantilla. Fue a dárselo, pero antes, retiró la mano un momento y miró al joven con decisión.

—Esto te dará para bastante droga, son joyas caras. Te las daré todas sin resistirme a cambio de un solo euro.

El chico la miró extrañado.

—¿Tienes un euro? —insistió ella.

El joven se metió la mano libre en el bolsillo y sacó la maravillosa moneda. Ella asintió y le entregó las joyas. Le vio correr y desaparecer de su vista. Peonia tenía un euro en su mano helada, al menos, ese día, podría comer algo.

—Vaya negocio —se dio a sí misma pensando en los negocios millonarios que había cerrado esa misma semana.

Cuando abrió el centro y pudo comprar la hamburguesa, nunca algo tan poco nutritivo le supo tan bien. Pero el euro le dio solo para comer, no para beber nada y tenía sed. Nunca le gustó beber de las fuentes públicas, pensaba que estaban llenas de gérmenes, aunque, por esa vez, haría una excepción. Dejó correr el agua un rato y después bebió. Le pareció buenísima, fresca e hidratante. Bien, ya había almorzado y bebido agua, ¿ahora qué? ¿En qué podía dedicar el tiempo? No tenía una casa donde ir, no tenía un trabajo al que asistir, no tenía familia a la que visitar. Se sentía perdida y jamás le había sucedido nada parecido.

Se puso a caminar sin rumbo fijo. Al hacerlo, el frío pasó un poco, no quería pensar en la noche, sin nada con lo que abrigarse. Entonces pasó por delante de un supermercado y vio a un hombre mayor, andrajoso, sentado en el suelo, con la mano hacia arriba pidiendo limosna. ¿Cuánto

dinero sacaría? ¿El suficiente para una hamburguesa y una botella de agua? Se detuvo, pensativa. ¿Era ella capaz de pedir en la calle? Se miró la ropa, de calidad, aunque sucia. En poco tiempo sería tan andrajosa como la de ese hombre. No quería terminar así. Por otro lado, tal vez fuera el cometido de papá Noel, que viviera las navidades como un mendigo. Que mente tan retorcida. ¿Y él le decía si creía en la magia de la navidad? ¿Dónde estaba ahí la magia? ¿Dónde estaba ahí su oportunidad? ¿Qué tenía de mágica una navidad viviendo en la calle, sin dinero y sin un techo en el que cobijarse? Más que magia navideña parecía brujería, magia negra. ¿Quién en su sano juicio le haría a nadie pasar por lo que ella estaba pasando? De tenerlo todo a no tener nada, ni familia. Si ese papá Noel pretendía con todo eso que ella volviera a creer en la magia, iba por muy mal camino. Odiaba más aún las navidades que antes.

Siguió caminando, todavía no se veía con fuerzas de pedir limosna. Sin darse cuenta, había salido de su barrio lujoso. Las calles ahora se veían menos cuidadas, más sucias. Los edificios no estaban bien arreglados. ¿Dónde estaba?

Había gente paseando por la calle, yendo a comprar al supermercado, niños correteando solos, nunca había estado en esa parte de la ciudad. Las mujeres dejaban ver sus canas, la ropa se veía vieja, demasiado usada. No llevaban maquillaje en su gran mayoría. Los hombres iban vestidos con monos de trabajo, sucios, al igual que sus zapatos. Gente obrera, un barrio de clase media baja. Estupendo, suponía que sus pasos fueron guiados hasta allí. Entendía el plan macabro de papá Noel, ver cómo vivían las personas con pocos recursos, aquellas a las que ella ignoraba, que sabía que existían, pero jamás pensaba en ellos como en alguien real. Ahora que lo pensaba, todas aquellas personas no existían en su mundo, ni en su cabeza.

Vio a un hombre mayor llevando una caja de cartón donde se leía, Cruz Roja, ¿qué habría dentro de esa caja? Suponía que comida, ¿qué debía hacer alguien para conseguir una de esas cajas? No tenía ni idea.

Empezaba a atardecer y no quería volver a pasar la noche en un banco, hacía demasiado frío. Tal vez si encontraba a la Cruz Roja le podrían dar cobijo, decirle dónde había un albergue. De pronto se detuvo, ¿un albergue? ¿De verdad quería pasar la noche en un albergue lleno de gente pobre, sucia, con piojos? Prefería el parque. Y ya no tenía nada más que pudieran robarle. Su ropa se veía de calidad, pero no creía a nadie capaz de dejarla desnuda… ¿O sí? Ese papá Noel no querría verla en una cuneta, ¿verdad? Aquello consistía en aprender alguna clase de lección, ella podía haber sido algo insensible con toda aquella gente, incluso podían no existir en su mundo perfecto, pero nunca maltrató a nadie.

Entonces olió humo, se giró y vio un barril vacío donde un grupo de personas habían encendido fuego para calentarse. Eran dos hombres y una mujer. Una mujer le daba confianza, tal vez la dejaran calentarse con ellos, pasar la noche al calor del fuego, aunque fuera en el suelo. Eso era mejor que la cuneta, desnuda, vete a saber qué podían hacerle a una mujer sola por allí.

—Hola, ¿les importa si me caliento al fuego con ustedes?

Los tres la miraron divertidos.

—¿De dónde ha salido esta?

Miraron su ropa, su pelo, la mujer husmeó el aire cerca de ella, como un perro.

—¿Eso es perfume? —dijo la mujer, tenía la cara sucia, los dientes amarillentos por el tabaco y la falta de higiene. El pelo apelmazado por la suciedad y la grasa. Sus manos se veían ásperas y sus uñas llenas de mugre. Su ropa no tenía mejor aspecto, además de estar rota por varios sitios.

—¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como éste? —dijo el hombre mayor mirándole de arriba abajo.

—Es una larga historia.

El mismo hombre sonrió, le faltaban varios dientes.

—Entonces eres bienvenida, solemos aburrirnos bastante, puedes contarnos esa historia mientras te calientas al fuego, vamos.

Peonia asintió conteniendo las lágrimas, desde que todo aquel extraño suceso comenzó, nadie la había tratado con tanta amabilidad. Se acercó al barril y estiró las manos, el calor fue reconfortante.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Le preguntó el hombre mayor.

—Me he quedado sin casa, sin trabajo y me han robado, ahora mismo no tengo nada.

—Bienvenida a nuestro mundo —dijo la mujer con desgana.

El otro hombre la observaba en silencio, ocultaba su rostro bajo una espesa barba y bigote mal cuidados. Su cabello caía lacio hasta casi los hombros, también sucio. Llevaba guantes de lana con los dedos cortados. Un gorro de lana, raído por el tiempo. Sus ojos eran oscuros y la miraban con el ceño fruncido. Parecía no gustarle su presencia y eso que no se conocían de nada.

—Mi nombre es Peonia.

—¿En serio? —dijo la mujer— ¿Por qué te hicieron eso tus padres?

—Mira quién fue a hablar, Engracia. —dijo el hombre mayor—. Yo soy Pablo y este de aquí es Pepe.

—José —dijo el hombre huraño en tono serio.

—Sí, bueno, no le gusta que le llamen Pepe. —rectificó Pablo—. ¿Tienes dónde pasar la noche?

Peonia negó con la cabeza.

—Nosotros dormimos sobre unos cartones, aquí mismo —dijo Engracia altiva.

—Cállate, sabes que eso no es cierto. —le dijo Pablo, luego miró a Peonia— ¿has cenado? —continuó, parecía ser el portavoz, al menos, el más sociable del grupo.

—No, no tengo dinero para comprar nada.

—Aquí tengo una lata de cocido, está sin abrir y no está caducada, puedes servirte tú misma.

Le entregó la lata y una cuchara sucia. Tenía hambre, pero no tanta como para comer con esa cuchara.

—¿Hay alguna fuente?

—Sí, hay un parque al girar la esquina, si tienes sed tenemos agua. —Siguió Pablo.

—No, solo quiero lavarme las manos antes de comer. —Y la cuchara, pensó.

La miraron extrañados.

—Lavarse las manos para comer, anda que no hace tiempo que ni me molesto —dijo Engracia.

Peonia sonrió y se fue alejando, antes de dejar de escucharlos pudo oír las palabras de Engracia.

—Se nota que es nueva, se la ve perdida, esta no es como nosotros. ¿Has visto su pelo y sus manos? ¿Qué hará aquí?

—Debe haberlo perdido todo hace poco. Nosotros tampoco vivimos en la calle siempre, hubo un primer momento. —dijo Pablo.

—Tiene pinta de ser la típica mujer que nunca ha dado limosna a nadie, una estirada, alguien que, hasta hace poco, nosotros éramos invisibles.

Ese era José, ya sabía ella que la miraba con desprecio. No la conocía y ya la juzgaba mal. Bien, ella también lo hacía, tampoco le caía bien él.

—Sea como sea, ahora es una de los nuestros y el principio siempre es duro. —dijo Pablo.

—Pues que aprenda a sobrevivir en la calle, como hicimos todos, Pablo, eres demasiado bueno, ¿quién te ayudo a ti, dime? —siguió José.

—¿Y por eso tenemos que ser todos iguales? Puede que al principio no tuviera ayuda, pero encontré a Laura y Juan, ellos me ayudaron, ¿o no lo hicieron contigo también? —le contestó Pablo.

—Ellos son la excepción. —refunfuñó José.

—Pues seamos la excepción nosotros también, cambiemos las cosas, si más gente fuera como ellos, nadie viviría en la calle.

Reanudó el camino hacia la fuente, no quería seguir escuchando. Esperaba que aquella realidad alternativa no durara mucho.

5

Se sentó en un banco a comerse la lata de cocido. No quería volver con aquellos tres, exceptuando a Pablo, los otros dos se notaba a leguas que no la querían en su pequeño grupo. Pero es que ella tampoco los quería a ellos cerca. De alguna manera tenía que recuperar su vida, o intentar mejorar la que tenía en ese momento y no podría hacerlo si se juntaba con una pandilla de vagos callejeros que no tenían nada, ni perspectivas de tenerlo. Ella era diferente, ella, en realidad no era pobre. Una vez tuvo una vida, una vez tuvo dinero, ¿por qué no podría conseguirlo otra vez? Buscaría trabajo en cualquier sitio y luego buscaría algo mejor, en unos meses podría estar en un piso de alquiler y, poco a poco, ahorrar y comprar un piso. Podía comprar un piso para reformar, invertir algo de dinero en él y venderlo más caro. Claro, por supuesto, no tenía por qué vivir en la calle. Seguro que papá Noel quería que supiera lo que era luchar por las cosas. Bien, ella podía luchar, quería luchar para salir de la calle. No era como esos pordioseros que no hacían nada para mejorar sus vidas.

Se metió la cuchara en la boca, aquello sabía a agua sucia. Miró la lata, no estaba caducada, pero la marca le era desconocida. ¿De dónde sacarían esa comida? Bien podía ser comida para perros, seguro que la comida para animales sabía mejor que esa basura. Tampoco tenía tanta hambre como para comerse eso.

—¿No te lo vas a comer?

Le dijo un hombre mayor. ¿Es que allí todo el mundo vivía en la calle? Peonía negó con la cabeza y le entregó la lata. Lo vio cogerla con rapidez y comer con verdadero apetito.

—Gracias, gracias.

Le dijo mientras volvía con su carrito de la compra lleno de basura. ¿Y ahora qué? Se quedaría ahí, era un buen sitio, tranquilo, no pasaba casi nadie. Cuando amaneciera empezaría a buscar trabajo.

—Señorita…

Era el hombre al que le había dado la lata de sopa. Le estaba entregando una manta andrajosa que debía estar llena de chinches.

—Hace frío.

Le dijo con una sonrisa. Ella asintió y cogió la manta. El hombre tenía razón, si se quedaba a dormir en el banco sin nada de abrigo se congelaría.

—Gracias.

Le vio asentir y volver con su carro. Una manta, qué gesto más sencillo, pensó recordando al hombre que llamó a su casa antes de que todo cambiara.

Soñó con su querido papá Noel, ¿por qué no le extrañaba? Le hablaba: «Recuerda que todo podría empeorar si nadie te ayudara. La ayuda de alguien en el momento justo puede significar un enorme cambio en la vida de cualquier persona».

¿Qué narices quería decir con eso?

La luz del sol la despertó y, al abrir los ojos, vio, frente a ella, la cara de un hombre que la miraba sonriendo. Llevaba un palillo en la boca, tenía una cicatriz en la mejilla, gafas de sol oscuras que impedían verle los ojos, el pelo bien cortado y echado hacia atrás fijado con gomina. Buena chaqueta, de color gris oscuro. Camisa blanca, de calidad. ¿Qué hacía ese tío ahí y por qué estaba agachado mirándola mientras dormía?

—Eres muy bonita.

Le dijo con acento ruso, o eso le pareció. Peonia se sentó de golpe, tapándose con la manta, era

como si aquel tipo la quisiera desnudar por la expresión de su cara, obscena, desagradable, intimidante, amenazadora.

—¿Qué quiere?

—Yo ayudar, preciosa.

—No necesito ayuda.

—Oh, sí, preciosa, yo saco a mujeres bonitas de la calle. ¿Quieres ganar mucho dinero?

¿Qué estaba diciendo ese tío?

—Le repito que no necesito nada, por favor, déjeme tranquila.

El hombre sacó una billetera del bolsillo interior de su chaqueta y le enseñó un fajo de dinero. Sonrió lascivo.

—Yo doy dinero ahora —Separó cien euros del fajo y le pasó el billete por la mejilla sin dejar de sonreír, Peonia se había quedado paralizada por el miedo—, tú vienes conmigo y te doy trabajo, trabajo fácil, dinero fácil.

—No quiero trabajar para usted, déjeme en paz.

—No puedo dejar que una mujer bonita y sola viva en la calle. —La agarró del brazo, con fuerza, le hacía daño.

—¿Qué hace? Suélteme.

—Tú vienes conmigo, ¿sí?

La levantó del banco como si no pesara nada, la manta calló al suelo, dio un empujón con el brazo, pero no pudo soltarse.

—¡Peonia! Por fin te encuentro.

Aquella voz le sonaba. Detrás del hombre que la agarraba apareció José, ella le miró asustada y él pareció asentir con la mirada, fue algo extraño, ella sabía que él entendía lo que pasaba y, solo por la expresión de su cara, supo que iba ayudarla.

—¿Este tío te está molestando?

—¿Tú conoces a este hombre? —Le preguntó el ruso a Peonia.

Ella fue incapaz de contestar, José tomó el mando.

—Por supuesto, es mi novia, así que ya le estás quitando las manos de encima.

El ruso miró a José, era un hombre alto, se le veía fuerte, aunque era difícil saberlo con seguridad bajo toda aquella ropa mugrienta. El ruso tampoco se quedaba corto, era un tipo fuerte. Ambos se quedaron unos segundos retándose con la mirada, parecían dos animales sopesando su fuerza, una lucha por el territorio o, en ese caso, por la hembra. Al final todo pareció resolverse, tal vez el ruso no tuvo la certeza de salir ganando en una pelea cara a cara con otro tío o, puede que no le apeteciera ensuciarse las manos. De cualquier modo, Peonia agradeció que por fin la soltara y no dudó en correr hacia José. Sin saber por qué, sin pensarlo, se lanzó a su cuello y le abrazó.

—No deberías dejar mujer bonita sola en lugar como este, la próxima vez no la dejaré ir.

El ruso se marchó, por fin, y las palabras de su amado papá Noel vinieron a su mente. La ayuda de alguien en el momento justo. ¿Qué habría pasado si José no hubiese llegado? ¿Qué habría hecho ese tipo con ella? No quería ni pensarlo. De pronto, se echó a llorar. Creía ser una mujer fuerte, creía poder con aquella situación, salir de la calle sin problemas, pero ese tipo le hizo ver que, a veces, no todo era tan sencillo. Pasar hambre, sed, frío, era algo que nunca tuvo que pasar, ni creyó pudiera sucederle nada parecido. Era algo tan básico, comer cuando tenía hambre, beber o taparse cuando tenía frío. Cosas tan sencillas que ahora parecían un lujo. Y vivir en la calle, a merced de cualquier energúmeno. Sintió un escalofrío al recordar la mirada de ese hombre, cómo la había agarrado del brazo. Nadie antes le había hecho daño. Sentía latir el brazo, en el lugar

donde ese hombre la había agarrado con fuerza, no le extrañaba que le saliera un morado.

—Ya, está, se ha ido. —le dijo José para tranquilizarla.

—Gracias, de verdad, jamás he estado tan asustada en mi vida.

Él la separo y le vio asentir.

—Recoge mujeres o chiquillas de la calle, les ofrece droga, dinero y bueno… ya puedes imaginarte en qué trabajan.

Y eso mismo habría pasado con ella.

—Necesito sentarme.

—Toma, es agua, no está abierta. —le dijo él como si supiera que era reacia a las botellas usadas por otros, pero en ese momento le hubiera dado igual.

Cogió la botella y bebió un largo trago de agua, nunca le supo tan bien.

—¿Estás mejor?

Ella asintió. Con él cerca se sentía más segura.

—No deberías haberte ido, no es buena idea estar sola por aquí. —dijo él como un padre que aconseja a su hija.

—Ahora lo sé, no te preocupes, no pienso volver a separarme de ti.

Él la miró divertido y ella creyó sonrojarse, aunque nunca antes le había pasado.

—No me mires así, ya me entiendes. No sabes cuánto te agradezco…

Él levantó una mano para que no continuara. Entonces le vio mirar a su lado, parecía algo nervioso. Ella giró la cabeza hacia lo que él miraba. En el suelo, a su lado, había un tetrabrik de vino tinto. Peonia miró a José.

—¿Eres alcohólico? —le preguntó sin más.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Acaso tú eres perfecta?

—No, yo…

—Intento dejarlo. Así que vamos antes de que quiera saber si hay algo de vino en ese tetrabrik.

Ella asintió y caminó a su lado. Él la había salvado y ella le acusaba de ser alcohólico. Estaba llena de virtudes.

—¿Cuál es tu historia, José? —le preguntó para romper el silencio.

—No te importa. —fue su tajante respuesta, ni siquiera la miró. Entonces se detuvo para, ahora sí, mirarla de arriba abajo—¿Cuál es la tuya? Está claro que tenías una buena vida, ¿qué pasó?

Peonia se quedó pensativa, ¿qué pasó? Ni ella misma lo tenía claro. Un papá Noel le sopló en la cara y después su vida se fue a la mierda. Recordó la llamada de su hermana, su sobrino en el hospital, lo poco que le importó la noticia, la mirada de su cuñado cuando le dijo que no cuidaría de sus sobrinos, el hombre pidiéndole algo de abrigo…

—Lo tenía todo —empezó a decir como para sí misma, miraba al vacío, era como una reflexión, un autoanálisis de sí misma— una enorme casa, un buen trabajo, dinero, familia, pero no lo sé, estaba tan ocupada, estaba tan orgullosa de lo que tenía, era como si el exterior no existiera, como si viviera en una burbuja llena de lujos, una burbuja que me impedía ver más allá. Todo lo que no fuera mi vida, mi trabajo, mis compras, es decir, todo lo que no fuera yo, carecía de importancia. Mi hermana me llamaba cada día y a mí me molestaba tanto… —De pronto sintió un nudo en la garganta, los ojos se le llenaron de lágrimas y se sintió vulnerable, jamás había llorado delante de nadie, jamás le habían gustado los sentimentalismos—, siempre estuvo a mi lado y me daba igual, incluso conseguía olvidarla a ella y a mis sobrinos. Nada importaba, solo ganar más dinero, tener más cosas que, en realidad, no necesitaba. Y, de repente, todo se vino abajo. Lo perdí todo. —Miró a José—. Alguien me pidió una vez una manta para abrigarse una noche que

nevaba, ¿sabes qué le dije? —No esperó respuesta—, que se largara de mi propiedad. Solo quería una manta, yo tenía montones de mantas que jamás había usado, mantas gruesas, de todos los tamaños y colores, ¿por qué no le di una? Yo no las necesitaba y dejé que se fuera, tiritando de frío y me dio igual. Supongo que todo esto me lo merezco.

Él la miraba en silencio con cara seria. Agachó la mirada y metió las manos en los bolsillos.

—No, Peonia, nadie se merece esto, nadie se merece perderlo todo, vivir en la calle. Ven, te presentaré a Laura y Juan, ellos me ayudaron, también ayudaron a Engracia y Pablo, son buena gente, te hacen creer que la humanidad todavía tiene una oportunidad.

Peonia se secó un par de tímidas lágrimas que habían caído por sus mejillas. Se miró la mano mojada. Era la primera vez que lloraba y lo hizo al recordar a su hermana.

6

José la llevó por unos callejones que jamás habría osado pisar en su otra vida. Era una suerte tenerle a él a su lado, la gente que veía caminado por allí no le infundían demasiada confianza y, después de lo sucedido con aquel tipo, no podía ni quería fiarse de nadie, excepto de José. No le conocía de nada, apenas habían cruzado unas cuantas palabras, pero sabía que podía confiar en él. No tenía miedo a su lado, puede que las callejuelas estuvieran llenas de basura, olieran mal y fueran oscuras, aun así, sabía que José no le haría daño. ¿Por qué lo sabía? Muy sencillo, si quisiera hacerle daño, hubiera dejado que aquel tipejo la llevara vete a saber dónde. José la salvó, sin conocerla, sin que le cayera especialmente bien y aquello no lo olvidaría nunca.

—Pensé, no sé, ayer cuando nos conocimos, tu forma de mirarme, creí que no te caía bien. —dijo para iniciar una conversación.

—¿Y qué te hace pensar que sí me caes bien? —dijo con voz hosca, sin mirarla.

—Bueno, me has ayudado.

Ahora sí la miró.

—¿Me crees un insensible? No iba a dejar que ese tío te drogara para después prostituirte, ¿por quién me tomas?

Ella se encogió de hombros.

—La verdad es que no te conozco.

—Puede que no sea perfecto, pero no por eso voy a dejar que destrocen la vida de nadie, me caiga bien o no.

—¿Y por qué no te caigo bien? Tampoco me conoces.

Él se detuvo un momento para mirarla.

—No, no te conozco, pero hay algo en ti, tal vez esa ropa que, aunque sucia, se ve cara, tu pelo, despeinado y todo se ve que lo has cuidado y teñido bien. No me gusta la gente como tú, debiste tener mucho dinero y, bueno, tú misma me lo has dicho, vivías en una burbuja donde solo existías tú y tu dinero. Por gente como tú hay gente como yo.

Él reanudó el paso, ella fue a su lado, sin estar conforme con lo que él le había dicho, era una acusación que estaba fuera de lugar.

—Yo no te puse en la calle.

—No, directamente no, fue un empresario como tú, que decidió dejar de pagar a sus empleados en cuanto las cosas se torcieron un poco. Cogió el dinero y se largó, dejando a todos los trabajadores en la calle. ¿Crees que le importó las familias con hijos, con alguna persona mayor a su cargo, con alguna enfermedad? No pensó más que en él y en su culo. Poner distancia, escapar donde la ley no le pillara. Las denuncias, las quejas, no sirvieron de nada. La gente como él o como tú, que lo tenéis todo, ¿alguna vez pensáis en los demás, en el daño que podéis causar a otras personas, en las consecuencias de vuestros actos? —La miró enojado.

Ella no pudo sostener su mirada. En su empresa despedían a gente, porque había que hacer algún recorte o porque querían enchufar a algún familiar, nunca preguntaban, nunca pensaban ni conocían a quién dejaban en la calle.

—Por supuesto que no. —contestó él por ella.

—¿Tenías familia? —preguntó ella algo intimidada, José le hablaba de una forma que la hacía sentirse culpable, avergonzada. Todos esos sentimientos eran nuevos para ella.

—Estaba casado.

—¿Qué pasó?

—Nada que tú puedas arreglar.

La conversación terminó ahí. De pronto, las calles mejoraron algo, había jardines, parques y no se veía basura en el suelo. No era su barrio, ni mucho menos, pero tampoco aquel donde sus pasos la llevaron la tarde anterior. José siguió caminando hasta llegar a una casa de una planta, con la fachada recién pintada. Era una casa adosada, toda la calle, en ambos lados, tenía casas idénticas.

—Es aquí. —dijo él todavía con voz molesta.

—¿Viven aquí? —preguntó ella. No era una casa lujosa, pero se veía bien cuidada.

—No, ellos viven en un pequeño piso en las afueras. Aquí, digamos que trabajan, sin cobrar. Han acondicionado la casa como comedor social y albergue.

—Vaya, eso está bien.

Él seguía mirándola como si no creyera en sus palabras. La veía como una ricachona sin sentimientos. En parte tenía razón, pero en ese momento, en esa realidad, no tenía nada, era tan pobre como él.

—Sí, está bien, más cuando lo hacen en un barrio donde no había ni un solo comedor social. La Cruz Roja les ayuda y alguna que otra persona, normalmente son personas mayores que no tienen familia, prefieren donar su dinero ahorrado a Laura y José antes que dejarlo en el banco.

—¿Y por qué no lo disfrutan ellos?

Pensar en donar un dinero ganado con tanto esfuerzo le parecía una atrocidad. Y ella tenía dinero de sobra que guardaba en un banco para que le fuera dando interés y así ganar más dinero. Luego lo invertía en unas buenas vacaciones, o en algún coche o más ropa, inversiones que volvieran a engrosar sus cuentas.

—¿Disfrutarlo, con quién? Están solos, no tienen familia y ellos necesitan poco. No todos necesitan guardar el dinero para nada, para que después se lo quede Hacienda o cualquier banco. Hay gente que prefiere donarlo, prefiere que ese dinero sirva para ayudar a alguien. Los bancos no necesitan más ayudas. ¿Cuánto dinero tenías tú? —No le dejó contestar—, ¿en qué pensabas gastarlo?

—Tenía mucho dinero y puede que no hubiera vivido suficiente para gastarlo todo, ¿contento? Me estás machacando, ¿lo sabes? Me estás culpando por la avaricia de muchos otros. Sí, yo tenía dinero, sí, era egoísta, pero todo eso quedó atrás. Deja de juzgarme, deja de culparme por lo que te pasó, yo lo he perdido todo, ya es demasiado duro para tener que aguantar tus reproches como si fuera una niña.

—Siento si mis palabras te ofenden, la verdad duele.

—Tampoco hay que ser tan borde, yo no te he hecho nada, me he sincerado contigo.

—Y yo te he librado de un proxeneta.

—Y creo que te lo he agradecido, siento si tu vida ha sido dura, pero la mía, ahora mismo, no es mejor.

Aquel hombre era desesperante, la odiaba por haber sido rica, simple y llanamente. Bajó la mirada, incómoda, estaba harta de sentirse culpable.

—Sí, tienes razón, tu vida no es mejor que la mía, solo que todavía no te veo como uno de los nuestros. Aún te rodea un aire de grandeza que no me gusta.

—Pues lo siento, no puedo evitarlo, ni siquiera me doy cuenta, eres libre de irte cuando quieras, te agradezco que me salvaras esta mañana, pero no tienes que cuidar de mí, ni soportarme.

Ahora fue él quien bajó la mirada, luego alzó los ojos como más relajado, puede que ya no tuviera más veneno que lanzarle.

—Tal vez he sido algo duro, supongo que esta situación no es fácil para ti.

—Por cómo me has hablado, es algo que me tengo merecido.

Él negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que nadie se merece lo que nos pasa a nosotros, supongo que estoy harto de esta sociedad tan hipócrita, de la gente que lo tiene todo y se cree con el derecho de pisotear a los demás, de controlar sus vidas para enriquecerse más y más. Las personas son injustas, siento haber cargado mi mal humor contigo.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, si me das un respiro, puede que incluso te perdone.

Le vio sonreír levemente. Le tendió la mano.

—Vamos a empezar de cero, ¿te parece? —carraspeó antes de hablar de nuevo—. Hola, soy José, no Pepe, encantado de conocerte.

Ella sonrió y le estrechó la mano.

—Peonia y ahórrate la risa y la broma fácil por mi nombre.

Él asintió, haciendo el gesto con la otra mano de cerrar una cremallera invisible en su boca.

—Un placer, Peonia, ¿qué te parece si entramos y te presento a Laura?

—Sí, ya tengo ganas de conocerla.

La puerta estaba abierta y José la dejó pasar a ella primero. Dentro se escuchaban voces. Tras un largo y estrecho pasillo oscuro en L, la casa se abría a un amplio comedor que daba a una también amplia cocina. El comedor estaba lleno de tablas de madera cubiertas por manteles de papel blanco. A ambos lados sillas plegables de madera. De la cocina salía un agradable olor a guiso.

—Laura debe estar en la cocina preparando la comida, al mediodía esto se llenará de gente. Al fondo hay tres habitaciones llenas de literas y sacos de dormir. Acogen a todos los que pueden para pasar la noche. No hay más espacio. Esta casa la heredó Juan de un tío suyo, la casa y el piso. Ellos se quedaron a vivir en el piso y adaptaron la casa para ayudar a la gente que no tenía nada.

Peonia le miró extrañada, ¿por qué hacían eso?

—¿Y por qué no quedarse con la casa? —preguntó ella.

—Tuvieron una mala racha, también lo perdieron todo y lo único que les quedó fue el coche. Vivieron en él una larga temporada. No encontraban trabajo y todo parecía perdido hasta que un abogado pudo contactar con ellos, un vecino le dijo dónde vivían porque el abogado era incapaz de encontrarles, no tenían dirección ni teléfono. Así que el abogado, que debemos agradecer que hiciera bien su trabajo, fue a la última residencia conocida que tenía de ellos y preguntó, allí le dijeron que vivían en la misma calle, solo que en el coche. Así pudieron recibir la herencia. El dinero les sirvió para comenzar de nuevo, Juan encontró trabajo y pudieron volver a tener la vida de antes. La casa estaba pagada y ellos tenían ahora un piso también pagado. Decidieron acondicionar la casa para ayudar a todos los que pudieran y evitarles, en lo posible, lo que ellos tuvieron que pasar. Nadie les ayudó, fueron olvidados por la sociedad, fueron invisibles para el mundo.

—Así que, una propiedad que heredaron, la ofrecieron a los demás.

—Y su tiempo.

—¿Y es suficiente con la ayuda de la Cruz Roja? ¿Cómo dan de comer a tanta gente?

—Laura hace milagros.

Y entonces, Laura salió de la cocina secándose las manos. La vio y sonrió, acercándose con paso decidido.

—Hola, ¿vienes a ayudar o a comer?

Sin más, como si se conocieran de toda la vida, con confianza y una amable sonrisa. Su rostro,

sus ojos, mostraban una bondad desconocida para ella.

—Por cierto, soy Laura, ¿y tú eres?

—Peonia. Quisiera ayudar.

Se sorprendió al escucharse decir aquella pequeña frase. Sí, lo decía en serio. Antes que comer, quería ayudar.

7

—Hay un pequeño cuarto de baño al final del pasillo —le dijo Laura.

Peonia la miró desconcertada y vio que Laura le sonreía, alargaba la mano y le cogía un mechón de pelo.

—Seguro que quieres una ducha.

Peonia abrió la boca sorprendida, se había dado cuenta.

—Hay toallas limpias en el armario que hay dentro. —Luego miró su ropa—. Esa ropa parece cara, lo que yo puedo ofrecerte es ropa donada, la mayoría muy vieja y desgastada.

—No importa, mientras esté limpia. —le contestó Peonia.

—Por supuesto. —La vio ir al pasillo donde había un gran armario empotrado. Dentro había varias mantas, ropa y algunos zapatos—. ¿Quieres también quitarte esos tacones?

—No estaría mal.

—¿Qué número usas?

—38

—Aquí hay unas deportivas de tu talla, aquí una sudadera y un pantalón de chándal que creo te irá bien, siento no tener nada mejor que ofrecerte.

Peonia negó con la cabeza.

—Tranquila, está bien. —Miró la ropa algo decepcionada, todo estaba viejo y se veía de mala calidad, llena de bolas, jamás había usado algo tan barato. Y las deportivas estaban tan desgastada que dudaba si no tendrían la suela agujereada. Intentó sonreír—. Gracias.

—De nada, cuando salgas podrás ayudarme a preparar las mesas, en seguida vendrán los comensales. —Sonrió—. Habrá que llenar los platos y servirlos en la mesa.

—Yo también te ayudaré. —dijo José.

—Gracias, pero tú siempre lo haces, no tengo que explicarte nada.

Peonia miró a José.

—¿Vienes a ayudar? —le preguntó, pero no fue él quien contestó, fue Laura.

—Cada día, sin faltar uno. Siempre hacen falta manos, mi marido trabaja y solo puede ayudarme a la hora de la cena. Así que eres más que bienvenida.

—Me alegra poder ser de ayuda.

Peonia fue al cuarto de baño, bastante pequeño. Tenía un plato de ducha que escasamente cogía una persona dentro. Echaba de menos su bañera de hidromasaje. Se quitó la ropa sucia y la puso en el cubo de la ropa. Supuso que Laura la lavaría y después pasaría a ser donada a alguien que lo necesitara. Se imaginó a una mujer sin dinero vistiendo ropa de marca. Se encogió de hombros, cuando volviera a su vida normal podría volver a comprar ropa cara.

Se metió en la ducha y, aunque pequeña, fue maravilloso poder quitarse la suciedad de los días atrás. Al salir se puso la ropa vieja, que le quedaba demasiado holgada, era horrible, ni siquiera combinaban los colores. Lo peor fue ponerse las zapatillas viejas, esperaba que estuviesen limpias por dentro también. No quería pillar hongos o que olieran mal. Una vez vestida, quitó el vaho del espejo y se miró, lo que vio no le gustó nada. Sin maquillaje, sin tratamiento especial para el cabello, sin su mascarilla facial, ¿quién era esa persona que se reflejaba en el espejo? Tenía la piel seca, se le veían las patas de gallo, el tinte empezaba a clarear dejando ver alguna que otra cana. Estaba horrible, necesitaba maquillaje. No podía salir con ese careto, era distinta, no parecía ella. Alguien tocó la puerta.

—¿Le queda mucho?

Alguien necesitaba entrar en el cuarto de baño.

—No, ya salgo.

¿Sería demasiado pedir que le dieran algo de maquillaje? Al salir y ver al hombre mayor que le sonría, viendo su dentadura, con caries y la falta de varios dientes, supo que pedir maquillaje sería una estupidez. Salió al comedor con su nuevo aspecto, ya podía decirse que era una más. Su papá Noel podía estar contento.

—Bien, ya estás. Mucho mejor limpia, ¿verdad? —le dijo Laura.

—Al menos ahora se ve tu verdadera cara, con tanto maquillaje como llevabas era imposible saber cómo eras realmente. —dijo José.

—El maquillaje hace que estemos más guapas. —protestó Peonia.

—La pintura para las paredes y los cuadros, las mujeres mejor al natural.

—Vale, chicos, por favor, hay que preparar los platos. —les interrumpió Laura.

La comida fue bastante estresante, jamás había tenido un trabajo tan exigente. El suyo requería de muchas horas en el ordenador, con el papeleo, pero podía estar sentada, e incluso en la cama trabajando. Allí no podía sentarse ni un momento.

—Parece que nunca has servido comidas, ¿dónde trabajabas? —le preguntó Laura al ver su torpeza.

Todo aquello lo solía hacer su cocinera, las mujeres de la limpieza o el camarero donde iba a veces a comer, ella hacía años que no se preocupaba de esas cosas.

—Tenía una empresa, me iba bien.

Laura asintió.

—Sí, por como venías vestida, debía irte muy bien. ¿Y qué pasó?

Peonia se encogió de hombros y por poco se le cae el plato de las manos. ¿Qué podía decirle?

—Las cosas cambiaron, todo se complicó. —No tuvo que mentir, la verdad era esa.

—Entiendo, a veces es duro, todo va bien y, de repente, cambia y te encuentras sin nada, sé lo que es pasar por eso.

Peonia asintió.

—José me ha contado algo.

—Es un buen hombre, aunque también pasó por lo suyo.

—Él no ha querido contarme nada, ¿qué le pasó?

Laura sonrió y negó con la cabeza.

—Si él no ha querido contarte nada, no seré yo quien lo haga, tendrás que esperar a que coja confianza. Fue duro para él y no suele contarlo, dale tiempo.

Al terminar de servir mesas y comer, quedaron una montaña de platos y cazuelas por limpiar.

—No te preocupes, de eso se encarga José.

Peonía debió poner cara de susto para que Laura la tranquilizara.

—Tú y yo podemos hacer otra cosa más divertida. —continuó Laura.

—¿Más trabajo? —dijo algo agobiada.

—No, se acercan las navidades y ya va siendo hora de adornar la casa. Voy al coche a por los adornos, ¿te gustaría ayudarme a colocarlos?

Las navidades, claro, lo había olvidado. Sus navidades solían ser trabajo, ventas y más ventas, veneficios, cerrar tratos y dinero. Nunca adornaba la casa, lo veía algo innecesario, tampoco tenía invitados, así que no tenía importancia si su casa tenía o no adornos.

—Claro.

No lo dijo muy entusiasmada. No le gustaba la navidad como al resto de la gente. Era solo una fiesta comercial, la oportunidad perfecta para que las empresas sacaran nuevos productos e

hicieran más ventas. Se convencía a la gente de que debía comprar cosas que no necesitaban, papá Noel, los Reyes Magos, el amigo invisible, solo era marketing para que la gente gastara dinero.

—No lo dices muy convencida, puedo hacerlo sola. —le dijo Laura.

—No, está bien, te ayudaré, pero no tengo práctica.

Laura la miró extrañada.

—¿No adornas tu casa en Navidad?

Peonia negó con la cabeza.

—Solía tener mucho trabajo en estas fechas, no tenía tiempo.

—¿Y con tus padres, o familia, no ayudabas con los adornos?

Peonia intentó recordar. Sí, a sus padres les gustaba adornar la casa y a la memoria le vino el recuerdo de su hermana y ella adornando el árbol. Luego ver a sus padres poner los regalos, con cara de felicidad. La cena familiar, los villancicos. ¿Qué fue de todo aquello? Incluso lo había olvidado. Su trabajo la absorbía tanto que no le daba tiempo de pensar en el pasado.

—Sí, bueno, cuando era pequeña, sí, adornábamos la casa.

Laura sonrió.

—Entonces ya está, tampoco es tan difícil, pondremos unas cintas, un poco de muérdago aquí y allá, una corona de navidad en la puerta. A todas las personas que vienen aquí les gusta ver los adornos, les alegra el espíritu. Ya verás, en noche nueva cantamos villancicos, ver sus sonrisas cuando cantamos o bailamos, olvidando por un momento los problemas, es lo mejor que nos puede pasar. Bueno, ahora vengo.

Laura entró varias cajas y juntas adornaron la casa. La verdad es que se lo pasó bien y le trajo viejos recuerdos. Era divertido poner adornos, era un momento que compartías con otra u otras personas. No era el hecho de adornar la casa, era el hecho de compartir ese tiempo con alguien querido.

—Ha quedado preciosa, ¿no crees?

—Falta el árbol. —observó Peonia.

Laura dejó escapar un suspiro.

—Sí, el antiguo no aguantó más y tuve que tirarlo, no tengo presupuesto para comprar otro.

Peonia vio que de verdad le importaba no poder poner un árbol.

—Este año papá Noel tendrá que dejar los regalos sobre la mesa, mis padres lo hacían así, bueno, nosotros no contábamos con papá Noel, esperábamos a los Reyes Magos y dejábamos los regalos sobre la mesa. —dijo José.

—Sí, los Reyes Magos son de aquí, el árbol y Santa Claus los hemos importado, pero han gustado tanto que ya son parte también de nuestra tradición. —contestó pensativa Laura.

—Tal vez alguien tire un árbol viejo. —observó Peonia.

—Sí, podemos ir buscando. —dijo José.

Peonia sonrió, al menos alguna de sus ideas le había parecido bien.

8

—Siento no poder ofrecerte ninguna cama, están todas ocupadas, podemos poner algunas mantas aquí en el comedor. Lo compartirías con José y alguna persona más. Las camas las guardo para las personas mayores, tienen prioridad. —le explicaba Laura.

Peonia asintió.

—Lo entiendo, las mantas estarán bien, cualquier cosa será mejor que pasar otra noche en la fría calle. —le dijo ella pensando en el hombre que la acosó aquella misma mañana.

—Ya conoces a tus compañeros de cuarto, son Pablo y Engracia. Ellos vienen para cenar, ayudan en lo que pueden a la Cruz Roja y a cambio reciben alguna caja de alimentos que traen aquí. —le dijo José.

—Vaya, parece que todos os ayudáis.

Laura sonrió.

—Somos como una gran familia.

En ese momento una anciana les interrumpió. Llevaba una fotografía en la mano, se acercó a Peonia.

—Mira, esta es mi nieta, ¿no es guapa?

—Rita, cielo, ven, te acompaño a dar un paseo, tenemos tiempo antes de la cena. —Laura la cogió del brazo, sonrió a Peonia y se llevó a Rita a la calle.

Peonia miró a José, algo confundida.

—Perdió a su hija, a su yerno y a su nieta en un accidente de tráfico. Desde entonces vive sola, Laura intenta que no hable de ello, intenta distraerla, fue muy duro para Rita, ya te lo puedes imaginar. Dejó de pagar su piso y la desahuciaron, con 80 años, imagínate. Laura la encontró en la calle, perdida, sin saber qué hacer y la trajo aquí. Rita está tan agradecida que dona su pensión a Laura, dice que prefiere compartirla que vivir sola.

Peonia sintió una opresión en el pecho, aquella historia era triste, horrible, trágica.

—Pobre mujer. —Fue lo único que supo decir.

—No todas las vidas son fáciles, ni divertidas. Al menos ahora Rita tiene a Laura, ella le da una especie de hogar en este sitio. Sé que, si Laura tuviera más, no dudaría en dárselo a todas estas personas.

Peonia bajó la mirada.

—Es una gran mujer. —dijo pensativa, a su lado se sentía la mujer más despreciable del mundo.

—Bueno, ¿qué tal si vamos a buscar un árbol?

Ella asintió, le iría bien dar un paseo, alejarse por un momento de tanta pobreza y tantas vidas destrozadas.

—¿Un árbol les hará felices? —preguntó ella.

—Te sorprendería lo poco que necesitan para sentirse felices.

Caminaron un rato en silencio, mirando en las basuras. Al final, Peonia comenzó una conversación más relajada, que no tenía nada que ver con la pobreza.

—Así que, te gustan las mujeres al natural, pero tú te escondes bajo una espesa barba, no me parece justo. —le dijo.

Él la miró pasándose la mano por la barba, se encogió de hombros.

—No tengo dinero para cuchillas, el poco dinero que puedo conseguir, lo invierto en comida.

Por supuesto, era estúpida. Cogió aire, pensativa.

—¿Y Laura? Seguro que ella te puede dar alguna.

—Deja a Laura tranquila, ya tiene bastante, no voy a pedirle que gaste el dinero que no tiene en unas cuchillas.

Qué hombre más responsable, la ponía de los nervios, pero no era una mujer a la que le gustara rendirse.

—Si consigo una cuchilla, ¿me dejarás afeitarte? Tú me has visto al natural, y te aseguro que no me gusta nada, yo también quiero ver tu cara.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Te deseo suerte. —Se detuvo y le tendió la mano—. Si consigues las cuchillas dejo que me afeites, tenemos trato.

Peonia sonrió y se estrecharon la mano para cerrar el trato. En esa realidad sus tratos eran patéticos.

Siguieron buscando, pero ella en realidad no miraba, pensaba en cómo conseguir el dinero suficiente para comprar unas cuchillas.

—Aquí no hay nada, deberíamos probar mañana en barrios más caros, tal vez ellos sí tiren los árboles del año anterior, por probar no perdemos nada. —sugirió José.

—Vale, oye, ¿cómo conseguís dinero? ¿Buscáis trabajo?

Él la miró serio, luego se señaló a sí mismo.

—¿Crees que ninguna empresa contrataría a alguien como yo, con esta ropa vieja y esta pinta? Las empresas no nos dejan ni entrar, por no decir que para la gente somos invisibles. No existimos para la sociedad, les es más fácil olvidar que hay gente sin nada, malviviendo en las calles, que pensar en nosotros e intentar solucionar el problema.

—Entiendo, ¿y entonces?

—Lo único que podemos hacer es pedir limosna, hay días que va bien y otros que no ganamos ni para pipas. Los que tienen suerte, si podemos llamarlo así, cobran una pequeña ayuda, que no les da para pagar ningún alquiler, ni casi para comer. El resto, nos vamos apañando con lo que nos dan, pero cada vez hay menos personas que dan limosna, no sé, piensan que pedimos porque no queremos trabajar, que en realidad tenemos más dinero que ellos o que nos lo gastamos en alcohol. —Se detuvo y bajó la mirada—. Tal vez yo lo hiciera al principio, pero Laura y Juan me ayudaron a dejarlo.

—Todavía no me has dicho por qué bebías.

—Volvamos, empieza a hacer frío y Laura necesita ayuda con la cena.

Tampoco se lo diría en esa ocasión.

—Adelántate tú, yo tengo algo que hacer.

Él la miró extrañado.

—¿Te has cansado de ayudar? Me preguntaba cuándo lo dejarías.

Peonia le miró decepcionada, ¿eso pensaba de ella, que abandonaba a la primera de cambio? Estaba claro que no la conocía.

—Iré para ayudar a servir las cenas, nos vemos luego.

Se fue enfadada, él no le impidió marcharse. Se puso a caminar hacia la casa de Laura. Vaya tío más desagradable, era imposible tratar con él. Caminó con paso enérgico, por el enfado. Encontró un supermercado pequeño, tal vez allí no le dijeran nada si pedía algo de limosna. Se puso en la esquina, no quería ponerse en la puerta, ni que le llamaran la atención. Se sintió extraña allí parada, con la mano hacia arriba, pidiendo limosna. Jamás pensó verse en una situación parecida, era vergonzoso.

—Feliz Navidad, Peonia.

Conocía esa voz. No llevaba el traje, pero podía reconocer a su papá Noel.

—Pensé que no volvería a verte. —le dijo ella.

—Puede que creas que estás sola, pero te acompaño, te vigilo, te guío. Toma, esto es para ti, así podrás comprar las cuchillas.

Puso cinco euros en su mano. Ella los miró como si fueran una fortuna.

—Es la segunda vez que me das dinero.

—No te preocupes, es un regalo, no tienes que devolverlo. Tengo que irme, no te quedes mucho rato, hace frío.

Le vio marcharse, alguien dejó un euro más en su mano. Suficiente para lo que necesitaba. Entró en el supermercado, sintiéndose insignificante. La gente la miraba y eso que iba limpia, con ropa pobre y sin maquillar, pero limpia. ¿Qué miraban? Tal vez esas zapatillas desgastadas. Daba igual, tenía que comprar unas cuchillas, para eso estaba ahí. No iba a robar.

Fue a la sección de cosméticos. Cómo le gustaría poder comprarse una mascarilla, o un pintalabios. No, no lo necesitaba. Por su lado pasó una mujer con el carro lleno. Le vino olor a naranjas y recordó la poca fruta que tenía Laura a la hora de la comida. Seis euros. Se acercó a la sección de frutería. Una bolsa de cinco kilos de naranjas costaba casi seis euros. La cogió y pasó por caja. La gente que visitaba a Laura necesitaba vitaminas.

Caminó con paso ligero hasta la casa, al entrar, sonriendo porque llevaba comida, se quedó parada al ver quién había en la casa. Laura vio las naranjas y se acercó a ella con una amplia sonrisa.

—Vaya, Peonia, gracias, no sabes lo bien que nos vienen estas naranjas, eres un cielo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Peonia mientras le daba las naranjas a Laura, ésta le presentó.

—Oh, perdona, este es mi marido, Juan. ¿Ya os conocíais?

Juan sonreía y se acercó para ofrecerle la mano.

—Nos hemos visto un par de veces. —Le estrechó la mano—. Me alegra que encontraras este sitio.

Peonia asintió desconcertada, Juan era su Papá Noel.

9

Poco antes de la cena llegaron Pablo y Engracia. Pablo se alegró mucho de verla, no así Engracia, que le fue indiferente, la saludó de forma cordial y la dejó para hablar con Laura. Pablo se quedó con ella y José.

—Y bien, ¿dónde te metiste? Estuvimos esperándote. —le preguntó José

—Preferí estar sola, lo siento. —respondió ella.

—No te disculpes, todos necesitamos estar solos de vez en cuando. Pero José se quedó preocupado, dijo que no se te veía acostumbrada a estar sola en la calle y que podía ser peligroso, así que nada más amanecer salió a buscarte. Este Pepe es un gran hombre —dijo mirando a José que había puesto mala cara.

—José, no Pepe, mira que eres pesado —le recriminó éste.

José sonrió con sorna.

—Bueno, todo está bien ahora. —dijo ella que no le apetecía recordar lo sucedido—. Y sí, José es un buen hombre.

Le vio bajar la cabeza, ¿le había sacado los colores? Peonia sonrió, no era tan duro como pensaba.

Ayudaron a Laura a servir la cena y luego se sentaron a la mesa todos juntos. Como había algunas personas creyentes, bendijeron la mesa. Ella no era creyente, pero no le importaba bendecir la mesa, cada cual podía creer en lo que quisiera, si eso le hacía sentir bien y no hacía daño a nadie, ¿por qué no hacerlo? Así que se cogieron las manos y dieron gracias por los alimentos que iban a tomar.

—Y gracias a nuestra nueva amiga Peonia, que nos ha traído unas deliciosas naranjas. —Terminó Laura sonriéndole.

Peonia observaba cómo Laura ofrecía una naranja a los comensales, más bien observaba sus caras. Al recibir la fruta fresca, se les iluminaba el rostro y les asomaba una tímida sonrisa en unos, una amplia en otros. Después los veía comer como si estuvieran tomando langosta, o cualquier rico manjar. Disfrutaban de una simple naranja, José tenía razón al decirle que se sorprendería al saber qué poco necesitaban para ser felices.

Alguien se acercó por detrás, Peonia estaba sentada a la mesa, junto a José, tomando su cena. Juan se había puesto detrás y sonreía. Peonia pensó en un principio que su barba era postiza, pero resultó ser real, al igual que su barriga y su pelo blanco. No eran parte del disfraz.

—He traído algo para los hombres, tal vez alguno quiera o necesite utilizarlas. —le entregó un paquete de cuchillas de afeitar.

José la miró divertido.

—Sí que eres competitiva, al final se lo pediste a Juan, ¿eh?

Peonia miraba las cuchillas.

—No le dije nada, me vio en el supermercado, pedí dinero en la entrada y con lo que me dieron quise comprar las cuchillas, pero luego pensé que no eran tan necesarias, así que compré las naranjas. No he hecho trampas. —le dijo ella.

José sonrió.

—Está bien, tu gesto te honra, has hecho feliz a estas personas así que, un trato es un trato, ¿cuándo me quitarás la barba?

—¿Qué tal mañana?

Él puso mala cara, tocándose la barba con la mano.

—¿Tan pronto? La echaré de menos.

Peonia sonrió. Aquel hombre empezaba a no parecerle tan huraño.

—Prometo ser delicada, iré con cuidado y nos detendremos si necesitas un momento para llorar. —dijo ella con algo de sorna. Sonrió de medio lado.

Le vio mirarla con el entrecejo fruncido.

—Soy fuerte, lo soportaré. De acuerdo, mañana entonces. -dijo decidido.

Después de cenar y limpiar, cada uno se fue a sus mantas para descansar. Juan, o su papá Noel, junto a Laura, se preparaban para irse a su piso. Peonia le pidió a Juan un momento para hablar.

—Espérame en el coche, cielo, no tardo. —le dijo Juan a Laura. Ella asintió, siempre con una sonrisa y salió de la casa—. Y bien, ¿qué te preocupa?

—Pensé que Santa Claus estaba casado con la señora Claus y que se llamaba Nicolás, no Juan.

Él sonrió.

—En realidad estoy suplantando su identidad. Laura está casada con Juan, en realidad, en esta realidad y en la que vives tú, pero ella no me ve a mí, ve a Juan, pequeños trucos de magia. ¿Alguna cosa más?

—¿Cuándo podré volver a mi vida? Entiendo que quieras hacerme ver que la vida no siempre es de color de rosa, que había olvidado muchas cosas por el camino, que estaba perdida, pero ¿por qué a mí? Hay mucha gente como yo o peor, ¿por qué me elegiste a mí?

—Te cruzaste en mi camino y vi que necesitabas ayuda.

—¿Ayuda? Yo estaba perfectamente, tenía la vida perfecta.

—¿De verdad lo crees? Cuando respondas a esta pregunta, desde el corazón, sabrás que ha llegado el momento de volver. Ahora tengo que irme.

La dejó sola ante la puerta cerrada, pensativa. Pues claro que creía de verdad que tenía la vida perfecta, porque la tenía. Estaba muy bien ver las cosas desde otro punto de vista, pero nada la haría cambiar de opinión, era imposible pensar que esa vida que tenía ahora era la perfecta, no tenía nada, estaba en la calle, sin trabajo, sin casa, sin dinero, ¿qué perfección había en eso? Antes tenía una gran casa, no una, dos grandes casas, coches, un buen trabajo, ropa limpia y nueva, dinero, mucho dinero, ¿qué tenía de malo su vida anterior? Era feliz.

—¿Te apetece dar un paseo a la luz de la luna? Hace una noche preciosa, aun a riesgo de parecer cursi.

Peonia se giró hacia José, que la miraba de forma distinta al día anterior. Tenía un abrigo de mujer en la mano, de verdad esperaba dar un paseo con ella. ¿Cuánto hacía que no dedicaba un momento a sí misma, a pasear, sin pensar en el trabajo? Le pareció una idea genial, además de bonita e incluso, romántica. Pero no podía pensar en José como en alguien romántico. Ella jamás podría estar con alguien como él, pertenecían a mundos distintos. No tenían nada en común.

—Sí, claro, me apetece pasear.

José le ayudó a ponerse el abrigo como un auténtico caballero. Le abrió la puerta y le cedió el paso a ella primero. Era tan galante. Parecía mentira, jamás habría pensado que un hombre que vivía en la calle, con esa pinta desaliñada, pudiera ser tan educado, tan atento.

Le ofreció el brazo para caminar juntos y darse calor. La noche, aunque despejada, era fría. Al principio caminaron en silencio, disfrutando del paseo, de la compañía, del cielo estrellado. A Peonia le parecía estar en un sueño, se sentía tan bien, tan relajada, no tenía esa sensación desde que era pequeña y disfrutaba de pequeños momentos en el balcón, con su hermana, viendo las estrellas. La verdad es que, cuando eran niñas, Jacinta y ella estuvieron muy unidas. No sabía cuándo se separó, cuándo terminó aquella complicidad que tuvieron. Lo había olvidado por completo.

—Estás pensativa, ¿algo que puedas compartir? —le preguntó él.

—Pensaba en mi hermana, la echo de menos.

—¿Dónde está ahora?

—Hace tiempo que nos separamos. No quiero hablar de ello. ¿Y tú, tienes familia? —Le preguntó para evitar contarle cómo había acabado en esa realidad.

—No, mis padres murieron hace unos años, hijo único, divorciado, sin hijos. Estoy solo.

—Parece extraño que, un hombre como tú, generoso, con buen corazón, esté divorciado. ¿Qué pasó?

—Yo tampoco quiero hablar de eso. —La miró encogiéndose de hombros—. Todos tenemos algo que queremos olvidar.

—Está bien, entonces, ¿de qué quieres hablar?

Él se puso pensativo y sonrió.

—¿Estudias o trabajas?

Ella se rio.

—¿En serio? Esa pregunta está demasiado explotada, veamos… ¿qué te gusta, leer, el cine, dibujar?

—Soy muy predecible, el cine de acción, no leo, a no ser alguna revista de coches mientras estoy en el cuarto de baño…

Ella le dio un manotazo en el brazo.

—Ahórrate los detalles, ¿quieres?

—No seas remilgada. En fin, dibujar no, quizás las maquetas, cuando me jubile, o no, tampoco tengo trabajo ni dinero para poder tener una de esas aficiones para ricos. Pasear con una mujer bonita, eso me gusta. —La miró sonriendo de forma pícara. Ella le devolvió la sonrisa—. Tu turno.

Ella suspiró, hacía tiempo que no sabía realmente lo que le gustaba, ni siquiera lo pensaba.

—Antes me gustaba leer, antes de tener un trabajo tan exigente. Me gustaba hablar con mi hermana, me gustaba la repostería, luego no tenía tiempo y siempre comía en algún restaurante. No me gusta la televisión ni el cine, prefiero leer, cuando lo hacía, claro. Y pasear mientras hablas de forma relajada con un buen amigo, acabo de descubrir que me encanta.

—Bien, ya tenemos algo en común.

Ella comenzó a tiritar.

—Volvamos a la casa, hace frío.

Volvieron a paso lento, aunque con frío, querían alargar ese momento mágico. Al llegar le abrió la puerta.

—Me lo he pasado bien. —Le dijo él.

—Y yo.

Algo tan sencillo y tan placentero. Con tan poco se sintió plena, se sintió feliz. Tal vez su papá Noel tenía razón, ¿antes era feliz? Ya no estaba tan segura.

10

Todos se habían levantado y José, junto a Pablo y la misma Peonia, se encargaron de los desayunos al ver que Laura no llegaba.

—¿Qué pasa con el árbol? —preguntó un hombre mayor entrando en la cocina.

—Este año no hay dinero para el árbol —le contestó José—, pero buscaremos uno en la basura, tal vez alguien tire alguno.

—No lo creo —dijo el hombre—, veré qué puedo hacer.

Salió de la cocina y de la casa. Peonia le vio marcharse desconcertada.

—¿A dónde irá? —preguntó pensativa.

—Vete a saber. —le respondió José, pero ya estaba atareado con los desayunos.

Peonia sirvió vasos de leche, zumos, tostadas, mantequilla. No había mucho más. Faltaba embutidos, quesos, mermeladas, café, chocolate. En su casa tenía de todo aquello y muchas veces, por comer fuera, tiraba más de la mitad de la comida porque se había caducado. La falta que haría esa comida en aquella casa.

—¿Suele llegar siempre tan tarde? —preguntó Peonia a José refiriéndose a Laura.

—No, es raro, tal vez haya algún atasco o haya tenido que arreglar algunos papeles.

Al poco de terminar de almorzar, mientras Pablo se encargaba esta vez de la limpieza, el hombre que había preguntado por el árbol volvió a casa con una sonrisa.

—Hemos tenido suerte. —Les dijo.

—¿Has encontrado un árbol? —le preguntó José.

El hombre negó con la cabeza, metió la mano en el bolsillo de su grueso y viejo abrigo que le iba algo grande y sacó una caja de lapiceros de colores.

José y Peonia le miraron sin comprender.

—¿Vas a fabricar un árbol con lápices? —preguntó Peonia desconcertada.

El hombre sonrió negando con la cabeza.

—No, mujer, voy a dibujar uno en la pared.

Peonia miró a José, que sonreía.

—Una gran idea.

El hombre se acercó a la pared más amplia y se puso manos a la obra. Se le veía concentrado, profesional, parecía saber lo que hacía. En ese momento Laura llegó a la casa.

—Siento el retraso, tenía visita con el médico.

Todos se detuvieron para mirarla con seriedad. Al ver sus caras preocupadas se apresuró a tranquilizarles.

—Estoy bien, no me pasa nada, no estoy enferma, tranquilos.

—¿Una revisión? —preguntó José.

—Ginecólogo —Y se acarició el vientre.

—Estás embarazada. —corroboró Peonia con una amplia sonrisa.

Laura asintió, feliz, para, al momento, mirar la casa con cara triste.

—Pero el doctor me ha pedido reposo, anoche tuve una pequeña pérdida, si sigo trabajando podría perder al bebé.

—¿Y se puede saber por qué has venido? —dijo José algo enfadado—. Vete a casa ahora mismo, hazle caso al médico.

—No puedo dejar esto, aquí me necesitan.

—Y tu hijo también, él es ahora tu prioridad. —siguió José.

—Laura, nosotros podemos ocuparnos mientras tú cuidas de tu embarazo. José tiene razón, lo

importante ahora sois tú y el bebé. —dijo Peonia.

—¿De verdad no os importa cuidar de esto por mí?

—Laura, tú has cuidado de nosotros todos estos años, esa pregunta ya tiene respuesta. —dijo José.

—Sois increíbles, es lo mejor que he podido hacer en mi vida. Esta casa, la gente que se junta aquí… —Se le llenaron los ojos de lágrimas—, lo echaré de menos.

—Solo estás embarazada y debes cuidarte, no hables como si fueran tus últimos días sobre la tierra, joder. —dijo Pablo saliendo de la cocina—. Ni que no fueras a venir nunca más.

Laura soltó una risa tímida mientras se secaba las lágrimas.

—Juan vendrá por las noches, para anotar todo lo que se necesita.

—Deja de preocuparte, ¿quieres? Sabemos qué hay que hacer. —le reprochó José.

Al final la convencieron para volver a su casa y cuidarse, no sin alguna que otra lágrima. Abrazó a Peonia con cariño y ésta se sintió extraña, ¿cuánto hacía que nadie la abrazaba? Ella misma se apartaba de la gente, a lo sumo un apretón de manos. Fue reconfortante.

—Cuídate. —le dijo a Laura.

—Gracias y tú cuida de mi gente, ¿lo harás?

—Descuida.

Peonia cerró la puerta con cuidado, al girarse vio a José mirándola de forma extraña.

—¿Qué pasa? —Le preguntó molesta.

—Nada, espero a que me afeites.

Ella sonrió. Al pasar por el salón vio el dibujo avanzado del hombre que encontró los colores. Se detuvo a mirar un momento.

—Se llama Andrés, era profesor de arte. —le explicó José.

Andrés estaba agachado, dibujando el árbol más perfecto que jamás había visto. Aquel hombre era todo un artista.

—Es un árbol precioso —le dijo Peonia—, los colores, la luz, es perfecto.

Andrés la miró con una amplia sonrisa.

—Gracias, antes era artista, ¿sabe?

—¿Antes? Usted es un artista, uno no deja de serlo al quedarse sin dinero, es y siempre será un artista, este dibujo lo demuestra.

—Es usted muy amable.

José la cogió del brazo y la llevó al cuarto de baño.

—Ya voy —dijo ella algo molesta—, ¿por qué esas prisas?

—Deja al hombre dibujar, le gusta hacerlo solo y tú y yo tenemos una apuesta pendiente.

—De acuerdo.

Le vio sonreírle con una cara extraña, de bobalicón.

—¿Qué pasa? —dijo ella tocándose el pelo, debía estar horrible.

—Has cambiado —le dijo él—, en nada de tiempo pareces otra y no lo digo por tu ropa. Hoy he visto a Peonia desde dentro, a la real, sin esa coraza que te rodeaba, sin esa mirada altiva, como si fueras mejor. La Peonia que veo ahora, me gusta.

Ella se quedó parada, sin saber qué decir. Hacía tiempo que su mayor relación duradera era su trabajo, nada de hombres, no tenía tiempo. Sabía que era una mujer bonita, pero no le interesaban las relaciones sentimentales, ocupaban un tiempo muy valioso. Y ahora José le venía con esas.

—Gracias. —No supo qué más decir.

Él se rio y le entregó una cuchilla.

—Sin rencores, dejo mi cuello en tus manos.

Ella le dio un manotazo mientras se reía. Una risa sincera, limpia. Se sentía bien, se sentía viva.

11

—Vaya, eres un hombre apuesto.

Dijo Peonia casi sin pensar mientras miraba al nuevo y afeitado José.

—Tú también. —Sonrió avergonzado—, no que seas un hombre, bueno, ya me entiendes.

Ella asintió sonriendo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó ella.

—Habrá que recoger todo esto. —dijo él mirando el suelo lleno de pelo—. Es increíble que todo eso estuviera en mi cara.

—Así estás mejor.

—Hacía tiempo que nadie se preocupaba por mi aspecto, que nadie me veía, gracias por verme, gracias por cuidar de mí. —le dijo él dejando a Peonia desconcertada.

—Siento de veras que te hayas sentido solo, es duro esta situación, ahora me doy cuenta.

—No, no lo sientas, no es culpa tuya, nadie tendría que pasar por lo que pasamos nosotros. En fin…

Él la miro de una forma que Peonia no estaba acostumbrada, no sabía definir bien aquella mirada, ternura, cariño, afecto.

—Se acerca Navidad —dijo él y se metió la mano en el bolsillo de donde sacó una llave—, quería hacerte un regalo.

—¿A mí, por qué? No necesito nada.

Y era verdad, en esos momentos tenía todo lo que necesitaba realmente, un techo, comida y amigos.

—Es bonito escucharte decir eso, cuando lo tuviste todo.

Ella bajó la mirada, algo avergonzada, aquella Peonia parecía estar muy lejos, casi olvidada. Alzó los ojos para mirarle.

—No me daba cuenta, pero mi vida estaba vacía. Puede que tuviera mucho dinero, cosas materiales, pero no tenía lo que he encontrado en esta casa. Aquí he sentido que estaba en el hogar, en el lugar adecuado, arropada por personas cariñosas, amables, que no dudan en compartir lo poco que tienen.

Él asintió y le cogió una mano. Su tacto la sorprendió, fue delicado, cálido, le gustó. José le giró la mano y puso la llave en su palma.

—Esto es para ti, no es gran cosa, no podía comprarte nada, así que pensé en algo que tuviera un significado.

Ella miró la llave, confundida.

—¿Y qué significa? —le preguntó ella.

José carraspeó para aclararse la voz, parecía incómodo.

—Una vez me preguntaste cuál era mi historia. Ya te conté que la empresa donde trabajaba quebró, el dueño se llevó el dinero sin pagar a los trabajadores, se largó y nos dejó sin nada. Lo poco que ganaba mi mujer se lo llevaba la casa y los ahorros los invertí en pagar a un abogado. No sirvió de nada. Aquello me destrozó y encontré una estúpida salida en el alcohol, pero era caro y cada vez bebía más, con lo que me gastaba un dinero que no teníamos. Tampoco ayudaba ir a las entrevistas de trabajo borracho. Las peleas con mi mujer, bueno, exmujer, fueron diarias. Al final pidió el divorcio. Tuvimos una discusión importante y perdí los papeles, estaba borracho, aunque no quiero justificar lo que hice. En medio de la discusión levanté la mano y le di una bofetada. Jamás había pegado a una mujer. No le pegué fuerte, al menos eso creo, pero ver su

cara, su mejilla roja por la bofetada, sus ojos llenos de lágrimas, me destrozaron por dentro. Cogí los papeles del divorcio, los firmé, cogí esa llave que tienes en la mano y me fui. La dejé, estaba mejor sin mí, yo ya no era una buena compañía para nadie. Me sentía despreciable. —Miró la llave—. Me gustaba mi vida antes de perderlo todo, me gustaba aquella casa donde compartí buenos momentos con mi exmujer. Esa llave significa mi pasado, significa momentos felices, significa un final y un comienzo, significa que no me importaría empezar una nueva vida, significa que, con el tiempo, si tú quieres, me gustaría compartir un hogar contigo.

Peonia miraba la llave, no se atrevía a mirarle a él. Lo que le había contado era duro, las historias de todas aquellas personas eran tristes, trágicas, de pérdidas. ¿Cómo alguien podía vivir con tantos lujos como ella, sin problemas y otras personas tenían que sufrir tanto? No era justo y las personas como ella deberían detenerse de vez en cuando, poner freno a su frenética vida para mirar, para observar a la gente, para ver que el mundo no era solo calles limpias y casas lujosas, había otros barrios donde las personas intentaban sobrevivir, salir adelante como podían y, a veces, no les dejaban ni eso.

—Pero apenas me conoces, esto es… demasiado.

Él le cerró la mano envolviendo la llave y envolvió esa misma mano entre las suyas, con afecto.

—Hemos pasado muchas horas juntos, te he visto antes y después, puede que no me creas, pero siento que te conozco más que muchos de los que viven aquí, o me preguntes por qué, pero siento una conexión especial contigo, es como sentirse en casa, no sé cómo explicarlo.

A ella le sucedía lo mismo, se sentía bien a su lado, algo que no tenía planeado, que escapaba a su control, a toda lógica, pero le gustaba, era algo nuevo para ella, le hacía sentirse diferente, mejor.

—Lo siento, siento que perdieras una vida que te gustaba. —le miró, no sabía qué decir.

—Tranquila, es parte del pasado, ahora me gustaría mirar hacia el futuro, me gustaría comenzar una nueva vida. Sé que es difícil confiar en alguien que lo ha perdido todo, que ante los problemas optó por beber y gastarse el poco dinero que entraba en alcohol — Le cogió las manos—, no puedo cambiar el pasado, por eso te ofrezco un nuevo futuro y sí puedo prometerte que no cometeré los mismos errores. El alcohol me convirtió en una persona que odiaba, yo no era así y no lo volveré a ser. Si decides acompañarme, te aseguro que tendrás un compañero a tu lado, siempre. No tengo nada que ofrecerte, solo la promesa de protegerte y acompañarte siempre que tú quieras.

—Chicos, el camión de la Cruz Roja trae las cajas de comida, hay que descargar. —dijo Pablo interrumpiéndoles.

—Ahora vamos —dijo José soltándole las manos con cuidado—, traen comida especial para Navidad. —le explicó—. Piensa en lo que te he dicho, no decidas nada ahora. Voy a ayudar con las cajas.

Peonia asintió.

—Vale, yo recojo esto y salgo en un momento.

Él asintió, levantándose de la silla donde se había sentado para que ella pudiera afeitarle. Antes de que saliera, Peonia le detuvo.

—Gracias por el regalo.

—Siento que sea tan poca cosa.

—No, para nada, es el mejor regalo que me han hecho nunca, lo guardaré con cariño.

Le vio sonreír, bajar la mirada y salir del cuarto de baño.

12

Salieron a descargar el camión. No había mucha cosa. En las fiestas la Cruz Roja y Cáritas solían tener más trabajo. Mucha gente a la que ayudar y pocas ayudas. Cuando Peonia salió para ayudarles, ya estaba todo descargado. Hacía viento, un aire frío, de nieve. Miró al cielo y estaba todo blanco.

—Las noticias han anunciado una gran nevada, ya es la segunda vez que nieva este año. —dijo el hombre del camión.

—¿Una gran nevada? Aquí no suele nevar casi nunca, cuatro copos y poco más. —dijo Pablo mirando al cielo.

—Por lo visto viene un frente polar, habrá mal tiempo varios días y temperaturas bajo cero.

—¿Y la gente que está en la calle? —preguntó Peonia preocupada recordando su propia experiencia en el banco, el frío que pasó.

—Intentaremos acoger a todos los que podamos, vosotros haced lo mismo, pero hay gente obstinada que no quiere abandonar su pequeña esquina. Esperemos poder convencerles. Estarán apretujados, pero calientes.

—Ahora iremos a avisar a todos los que veamos —dijo José.

—Qué tengáis suerte, no es la primera vez que muere gente congelada en la calle.

Al escuchar esto Peonia recordó el hombre que le pidió una manta, aquella noche nevaba, ¿qué habría sido de él? Pensar que podía haber muerto por no darle una de los montones de mantas que tenía en su casa, la hacía sentirse mal, culpable. ¿Aquello era remordimiento, tener conciencia? No le gustaba.

—Yo te acompañó. —dijo Peonia.

—De acuerdo, pero abrígate, hace frío y me temo que en unas horas hará más. — le respondió José entrando en la casa para buscar unos abrigos.

Peonia se sintió diferente a lo habitual, nadie se había preocupado por ella en años, desde que sus padres murieron. El simple hecho de querer protegerla del frío la hizo sentirse arropada, querida y le gustó la sensación. José salió con unos abrigos desgastados por el uso y el tiempo. Le ofreció uno a ella, que le estaba grande, pero con aquel frío agradeció poder ponerse algo que abrigara. También cargaba con varias mantas que repartió entre él, Pablo y ella misma.

—Vamos antes de que el tiempo empeore.

—Yo iré en dirección contraria, nos vemos en unas horas. —dijo Pablo.

El hombre del camión se despidió, debía seguir con el reparto y Peonia acompañó a José a buscar a todo aquel que no tuviera hogar, ni conociera la casa de Juan y Laura.

El aire cada vez era más frío. A Peonia le dolía la cara y las manos, pero no dijo nada, si se lo comentaba a José la enviaría de vuelta a la casa.

—¿Tienes frío? —le preguntó él como si le hubiera leído el pensamiento.

—Estoy bien. —mintió ella.

Encontraron a un par de vagabundos que no dudaron en acompañarlos, tenían frío y hambre, por lo que agradecieron la invitación de llevarlos a una casa donde podrían cenar y resguardarse del temporal. Otros ya se habían refugiado en algún cajero de banco y no querían dejar la calle. Entonces le daban una manta y le advertían del temporal, si cambiaban de idea podían ir a la casa, serían bien recibidos.

A media mañana empezó a nevar y la temperatura bajó aún más. No podían seguir, así que decidieron volver a la casa y resguardarse.

Pablo ya estaba allí, había convencido a tres vagabundos, en total recogieron a cinco, más los que eran habituales y los que conocían la casa, que no dudaron en ir en cuanto vieron que el tiempo empeoraba. Entre todos debían rondar sesenta personas, en una casa de escasos cien metros. Repartieron mantas y sopa caliente. Peonia nunca se había sentido tan oprimida en su vida. Tenía tanto espacio para ella sola en su casa. Allí apenas cabían y con un solo cuarto de baño, tampoco había suficientes sacos de dormir, José le dijo que improvisarían.

—Apartaremos un poco las mesas, pondremos las sillas encima y pondremos mantas en el suelo, estaremos bien.

Siempre tan positivo, siempre viendo el lado bueno, como si aquella situación tuviera alguna parte buena.

—Bien, mañana es nochebuena, al menos ya los tenemos a todos reunidos en casa. —Se les acercó Pablo con una sonrisa mirando a la gente amontonada por toda la casa.

Peonia le miró desconcertada, otro igual de positivo que José. ¿Cómo podían ser positivos en esa situación? Allí nadie tenía un hogar, nadie tenía dinero, ni trabajo, ¿cómo podían conformarse con tan poco, con nada?

—¿Te agobia ver a tanta gente junta, nunca has ido en metro?

Le preguntó José, ella negó con la cabeza.

—Prefería el autobús, pero jamás he visto a tanta gente junta en una casa tan pequeña, ¿no habrá peleas por el espacio, o la comida?

—Nunca se ha peleado nadie, todos sabemos que aquí hay comida para todos y, si falta, la repartimos, nos quitamos un poco cada uno y así llega para todos. Y por el espacio, no nos preocupa, más juntos, más calentitos.

Le guiñó un ojo. Ella sonrió levemente, todavía no entendía tanto control, en su oficina, si corría prisa algún contrato, la gente se molestaba por cualquier cosa, ella misma hablaba mal a su secretaria cuando el café estaba frío, o no lo tenía preparado a su hora, tenía tantas cosas que hacer, no le gustaba perder el tiempo y solía enfadarse por cualquier tontería.

A la tarde llegó Juan papá Noel.

—Traigo más mantas. —dijo.

Pablo y Engracia se encargaban de la cena.

—Gracias, nunca son suficientes. ¿Qué tal Laura? —le preguntó José.

—Preocupada, quiere saber si necesitáis algo.

—Todo bien, dile que se cuide y nos deje hacer, somos mayorcitos. —siguió José.

—Me alegro. No salgáis, en las noticias dicen que el temporal empeorará esta noche. Abrigaros bien, yo debo volver, no quiero que corten las carreteras y dejar a Laura sola.

—Sí, vete ya, dile que estamos bien, que no se preocupe.

A Peonia le hubiera gustado irse con él, a una casa menos abarrotada, con menos bullicio, y ella que se quejaba de sus sobrinos.

Después de la cena, todos se acurrucaron por el suelo, unos ocuparon las literas, otros los sacos de dormir y el resto las mantas. Nadie parecía incómodo, ni molesto. Peonia prefirió quedarse en una silla frente a la ventana, mientras veía caer la espesa nieve. José se le acercó.

—¿Puedo hacerte compañía? —le dijo con una silla preparada en la mano.

Ella asintió, estaba tapada con una manta hasta el cuello.

—Nunca había visto nevar con tanta fuerza. —le comentó ausente Peonia.

—No, yo tampoco.

Miraron al exterior, la nieve era tan espesa que no se veía la carretera, ni los bloques de enfrente. El aire arreciaba con fuerza, colándose entre las rendijas de las ventanas, produciendo

un silbido inquietante.

José se puso a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—No te preocupes, aquí estamos bien.

—¿Y los que se han quedado fuera? —preguntó Peonia.

—Les hemos dado mantas, confiemos que estén bien.

Peonia apoyó la cabeza en el hombro de José y él apoyó la cabeza sobre la de ella. Así, juntos, arropados, mirando la nieve caer, se quedaron dormidos. Un fuerte estruendo los despertó al amanecer.

13

—Madre mía, ¿estáis todos bien?

Se escuchaba decir a Pablo. José se levantó en seguida, Peonia se sintió desconcertada al principio, ¿qué había sido ese gran estruendo? Se puso de pie y miró a todos los que estaban allí, miraban hacia la cocina. Se giró en esa dirección y vio el destrozo. Se llevó las manos a la boca. El techo de la cocina había cedido a causa del peso de la nieve. Había estado nevando toda la noche de forma copiosa, todavía seguía nevando con fuertes rachas de viento. La casa, envejecida, sin tener los arreglos necesarios, había sucumbido al temporal. Toda la cocina estaba cubierta de nieve que se introducía hacia el comedor. El frío del exterior se colaba dentro. Y lo peor era la comida, toda la comida de Navidad, toda la comida de la semana, estaba enterraba bajo la nieve. ¿Qué iban a hacer ahora?

—¿Todos están bien? —preguntó José.

—Sí, estamos bien, pero ¿qué hacemos con la comida? Todo se ha perdido. —dijo alguien.

José se acercó a Pablo.

—¿Crees que podemos hacernos paso y recuperar algo de comida? —le preguntó José a Pablo.

—Imposible, la nieve se está congelando y es muy espesa, no podremos llegar. Lo que tenemos que hacer es tapar este agujero antes de que nos congelemos. Hay que evitar que el frío siga entrando.

José se giró hacia todos.

—Bien, no podemos recuperar la comida, pero debemos tapar la cocina, el frío está entrando y no vamos a soportar estas bajas temperaturas mucho tiempo. Vamos a colocar las tablas de las mesas y algunas mantas para tapar los huecos.

Nadie protestó y le hicieron caso. Peonia se apresuró en ayudar. Con la ayuda de todos pudieron tapar el hueco en un par de horas. Al menos el frío no era tan intenso, pero todos estaban preocupados por la comida. Esa misma noche era nochebuena y no tenían nada para comer. Recordaba sus fiestas en solitario, en su casa de vacaciones, con buena temperatura y comida especial en restaurantes caros. Nunca pensó en quedarse sin comer. Luego le vino a la mente las cenas con sus padres y su hermana, en la casa familiar, acogedora, con la estufa encendida, la radio con sus villancicos. Su madre preparaba gambas y sopa de pescado. Luego sacaba turrón de todas clases y polvorones. Cantaban y luego jugaban juntos a cualquier juego de mesa. ¿Por qué había olvidado aquellos momentos?

—Peonia, ¿estás bien?

Se le acercó José. Ella se encogió de hombros.

—Es nochebuena, ¿qué vamos a hacer?

—Las líneas están cortadas, no podemos hablar con Juan y seguro que las carreteras también están cortadas. De momento solo podemos esperar, abrigarnos bien y pasar hambre.

Ella negó con la cabeza.

—Voy a hablar con los vecinos, seguro que tienen alguna lata que hace tiempo que compraron y no se van a comer, unas galletas, lo que sea, pero no voy a permitir que nadie se quede sin cenar esta noche.

Dijo decidida. Cogió su abrigo prestado y fue hacia la puerta. José la detuvo antes de abrir. La cogió del brazo e hizo que se girara hacia él. Al verle vio en su mirada algo que no esperaba encontrar en su vida, ¿amor? Sin saber cómo, él se acercó a ella y la besó. Fue un beso rápido, pero tierno, sincero. Se separó de ella y le sonrió.

—¿Sabes que estás preciosa cuando hablas con decisión?

—¿Por qué me has besado?

—Me he dejado llevar.

—Bien, ya hablaremos de eso más tarde, ¿me acompañas?

—Siempre.

Y se adelantó para abrirle la puerta. El frío les sorprendió como una bofetada. José le pasó el brazo por los hombros para darle calor. El viento era fuerte.

—Puedo ir yo solo. —le gritó para hacerse oír entre el fuerte vendaval.

—No. Preguntemos en las casas más cercanas y volvemos.

Así lo hicieron, algunos no abrieron, otros les dijeron que estaban locos, aun así, consiguieron galletas, leche, crema de chocolate, algún que otro turrón y un bote de garbanzos cocidos.

—Volvamos, hace demasiado frío.

Entraron en casa con las pocas provisiones.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó Peonia decepcionada.

—Racionarlo e inventar algo. Veamos —dijo José mirando la bolsa—, las galletas las untamos con la crema de chocolate, cortamos cuadrados de turrón, damos medio vaso de leche para brindar y, bueno, no sé qué hacer con los garbanzos.

Ella sonrió.

—Eres increíble.

Entonces la puerta se abrió de repente, el fuerte viento le dio en la cara, haciéndole caer hacia atrás.

—Peonia…

Escuchó gritar a José. Peonia cayó al suelo y se dio un golpe en la cabeza, perdiendo el sentido unos segundos. Algo mareada volvió en sí.

—Estoy bien, estoy bien, no ha sido nada.

Dijo abriendo los ojos, al hacerlo se sentó de golpe. Estaba en su cuarto, en su habitación, en su cama de dos metros. Se tocó la cabeza, no le dolía, no tenía ningún golpe. Se miró la ropa, llevaba su camisón de seda.

—¿José?

Se levantó y salió del cuarto. Sí, estaba en su casa y el silencio era atroz.

14

Abrió la puerta y vio al chófer esperándola junto al coche. Al verla se sorprendió un poco.

—Llegará tarde si no se viste pronto.

Le comentó. Ella se miró, en camisón, descalza y sin peinar. Asintió, antes de entrar se aseguró de que todo volvía a la normalidad.

—Soy tu jefa, ¿verdad? Y esta es mi casa.

La cara de sorpresa que puso él le confirmó que era así. Levantó una mano para que no contestara.

—Salgo enseguida. — le dijo entrando en casa y cerrando la puerta.

Corrió hacia su móvil y miró la fecha. Era el día anterior a que todo cambiara. Esa misma noche tal vez volviera el vagabundo al que le negó la manta y su hermana la llamaría al trabajo. Su sobrino iba a tener un accidente. Miró el reloj, tenía tiempo.

No se duchó, se recogió el pelo en una coleta mal hecha y se puso lo primero que vio en el armario. Un jersey amplio, unos tejanos y unas zapatillas de deporte cómodas. Necesitaba darse prisa, tal vez correr y no podía ir con tacones. Tampoco se detuvo a pintarse o echarse perfume. Olvidó su maletín, pero cogió las llaves, el bolso y el móvil.

—Llévame por la carretera que va al instituto donde estudia mi sobrino.

Dijo entrando en el coche. Su chófer la miraba desconcertado, le cerró la puerta y se puso al volante.

—Señorita, ¿está usted bien?

—Perfectamente, pero tengo prisa, debo recoger a mi sobrino antes de que llegue al instituto. Hoy le llevaremos nosotros, date prisa.

—De acuerdo.

Se puso en marcha, pero no lo suficientemente rápido. No encontraron a su sobrino, tal vez el destino había cambiado. Miró el reloj, pasaban las ocho de la mañana, ella debería estar ya en el trabajo.

—¿A qué hora entran los chavales al instituto?

—A las ocho.

Había llegado tarde.

—Llévame al trabajo, rápido.

La dejó frente a la puerta y Peonia corrió hacia la entrada del edificio. Su hermana la llamaría en cualquier momento. Agradeció las zapatillas de deporte. No saludó a nadie y entró en su despacho. Se sentó y esperó. Su secretaria no tardó en ponerse en contacto con ella.

—Su hermana al teléfono, dice que es urgente.

—Sí, ponme con ella. ¿Jacinta?

—Peonia —su voz sonaba angustiada— Raúl está en el hospital, un energúmeno se ha saltado un semáforo y le ha atropellado cuando iba al instituto.

—Tranquila, todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Ahora voy para allá.

—¿Cómo? Solo quería saber si podías ir a buscar a mis hijos al colegio.

—Yo me ocupo, no te preocupes por nada. Ahora hablamos, ¿está tu marido contigo?

—No, viene hacia aquí, no creo que tarde.

—Vale, verás cómo todo sale bien. Nos vemos ahora mismo.

Le colgó y salió del despacho, se detuvo frente a su secretaria.

—Anula todas las citas de hoy, mi sobrino ha tenido un accidente y voy hacia el hospital.

—Bien.

No esperó más respuestas, la miraba extrañada, Peonia no solía irse del trabajo y menos vestir informal. Le daba igual, tenía otra oportunidad, podía cambiarlo todo.

Salió a la calle y de forma inconsciente buscó a su papá Noel. No había nadie, ¿dónde se habría metido? Ahora no tenía tiempo. Paró un taxi y se dirigió al hospital.

Al entrar en la habitación encontró a su hermana sentada al lado de la cama, cogiendo la mano de su hijo. ¿Cómo se llamaba? Era incorregible, ¿cómo podía no saber el nombre de sus sobrinos? Había sido una hermana horrible, una pésima tía. Tenía tantas cosas que mejorar.

—Hola.

Dijo entrando en el cuarto, su hermana se giró y sonrió al verla. Se levantó y le dio un abrazo, a Peonia le gustó, le devolvió el abrazo con fuerza, un abrazo tanto tiempo aplazado.

—Gracias por venir. —le dijo su hermana.

—No podía dejarte sola.

Jacinta sonrió entristecida. Por supuesto sonaba falso, hacía tiempo que no se preocupaba por nadie, solo de sí misma y el trabajo.

—¿Y ese cambio de actitud? Me sorprende que hayas salido del trabajo, sé que para ti es lo más importante.

La vio volver a sentarse y cogerle la mano a su hijo. Aquella frase, ¿denotaba rencor? De todos modos, se lo tenía merecido.

—He tenido unos días de reflexión. Estos últimos años no me he portado bien con la gente que quiero, el trabajo me absorbía, creía que me hacía feliz. Siento no haber estado ahí en tantos momentos, haberme perdido fiestas de cumpleaños, navidades…

—No te preocupes, cada uno es como es…

—¿Mamá?

—Raúl, cielo.

Raúl, claro, ya no lo olvidaría.

—Voy a llamar a una enfermera. —dijo Peonia.

Al salir por la puerta se cruzó con su cuñado que la miró extrañado. Aquella mirada era la sensación del día.

—Raúl se ha despertado, voy a avisar. —le dijo Peonia.

Él no dijo nada, entró en la habitación para ver cómo estaba su hijo. Los médicos le miraron, todo parecía estar bien, un golpe en la cabeza y un susto, pero querían dejarlo en observación esa noche.

—Yo me quedo con él, cielo, tú ve a casa con los niños. —le decía su cuñado a su hermana.

—Ni hablar, él me necesita aquí.

—Mamá, ya soy mayor, puedo quedarme solo. —decía Raúl.

—Jacinta, tus otros hijos también te necesitan, hacemos una cosa, vamos a buscarlos al colegio y os quedáis a dormir en mi casa, hay espacio de sobra…

Al decir esto pensó en la casa de Juan. Ella tenía espacio de sobra.

—No es necesario, Peonia, sé lo mucho que te molestan los gritos de los niños. —dijo su hermana.

¿Cómo había podido ser tan borde? Jacinta tenía razón, no le gustaba quedarse con sus sobrinos, demasiado escandalosos, pero eso era antes.

—Jacinta, una noche de pijamas, como cuando éramos niñas. Nos irá bien recuperar el tiempo perdido y yo quiero pasar más tiempo con mis sobrinos, sois la única familia que tengo.

Vio a su hermana mirar a su marido, estaban desconcertados, no sabían qué le pasaba a la

nueva Peonia, ese cambio era difícil de asimilar de repente.

—Ve con ella, yo me quedo con Raúl, estaremos bien y tú estás embarazada, tienes que mirar también por el bebé.

Peonia llamó a su chófer para que fuera a recoger a los niños al colegio y los llevara a su casa. Jacinta tenía coche, así que fueron a casa en él.

—Me gusta este cambio, vuelves a ser la Peonia de antes. —le dijo Jacinta mientras conducía.

—He estado perdida mucho tiempo, pero alguien me ha ayudado a volver al camino correcto.

—Me alegro y espero no vuelvas a perderte, sé que nuestros padres, bueno, no eran realmente los tuyos, pero nunca nos trataron de forma distinta, siempre intentaron darnos lo mejor y para mí siempre has sido mi hermana, a veces no entendía tu comportamiento, pensé que era porque, no sé, tú no me veías igual, como si pensaras que no éramos tu familia.

Peonia se sintió triste al oír a su hermana hablar así. Jacinta siempre intentó estar en contacto, hablar, invitarla a pasar momentos juntas y ella siempre la rechazaba, siempre estaba ocupada, era normal que pensara todo aquello.

—Mi comportamiento no tiene excusa, pero puedo decirte que jamás he pensado que no fuerais mi familia. He estado siempre tan segura, os he sentido tan míos que nunca he tenido la necesidad de buscar a mis verdaderos padres biológicos. Papá y mamá lo hicieron tan bien, tú fuiste una hermana siempre, nunca me sentí fuera de lugar, siempre tuve una familia y por eso nunca busqué a mis padres biológicos, mis padres fueron los tuyos, tú eres mi hermana y tus hijos mis sobrinos. Siempre he tenido familia, siempre me he sentido querida y siento mucho, de verdad, haberme distanciado tanto.

Y haber tardado tanto en darme cuenta, pensó.

15

Nunca pensó pasar una velada tan agradable rodeada de niños escandalosos. Su hermana preparó la cena, Peonia hacía tiempo que no cocinaba, pero la ayudó en la cocina. Luego bañaron a los pequeños. Éstos se lo pasaron en grande con las enormes bañeras que tenía su tía y las burbujas del hidromasaje les entusiasmaron. Sus gritos, sus risas, eran un bálsamo para el corazón. Observaba a su hermana, incansable, jugar, reír, hacerles cosquillas. Era una gran madre y Peonia jamás lo vio, nunca reparó en el trabajo tan enorme que realizaba su hermana. Y encima, embarazada. Tenía tanta vitalidad, se la veía tan feliz, tan completa.

Mientras su hermana ponía los pijamas a los niños y se encargaba que se fueran a la cama, llamaron a la puerta. Peonia fue a abrir, antes de hacerlo, preguntó quién era.

—¿Puede atenderme un momento, por favor? Solo me preguntaba si podía darme una manta, hace mucho frío esta noche.

Afuera comenzaba a nevar. Recordaba aquel momento. Abrió la puerta.

—Está nevando, ¿por qué no pasa y se refugia en casa? Tengo un gran sofá, le traeré todas las mantas que necesite, pero no puede quedarse fuera con este tiempo.

El vagabundo sonrió y, de pronto, su aspecto cambió, convirtiéndose en su papá Noel. Peonia le miró asombrada.

—Me alegra que hayas cambiado, has recuperado tu humanidad, la Peonia que siempre fuiste, pero perdiste por el camino, cegada por el dinero. No quiero molestar, sé que tu hermana está aquí. ¿No es bonito tener a la familia cerca?

—Olvidé lo mucho que la quiero, ni siquiera me molesté en conocer a mis sobrinos, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Él negó con la cabeza.

—Tienes mucho que hacer, recuerda la tormenta de nieve, es real, sucederá de verdad. Ahora tengo que irme, debo ayudar a más personas. Feliz Navidad, Peonia.

—Feliz Navidad.

—¿Quién es? —preguntó su hermana desde arriba de las escaleras.

—Nadie, alguien preguntando una dirección, ya se ha ido.

Y así era, papá Noel había desaparecido, convirtiéndose en nieve.

Una vez los niños se durmieron, ellas charlaron juntas tumbadas en la cama, como cuando eran pequeñas. En un momento dado, su hermana le puso la mano en el abultado vientre para que pudiera notar las patadas del bebé. Peonía no podía describir la sensación. Notó el pie de la pequeña, notó sus movimientos, fue un momento íntimo, compartido entre ambas, de nuevo juntas.

Luego se durmieron cogidas de la mano, recordando viejos tiempos.

Se levantaron temprano para prepararlos y llevarlos al colegio. Su cuñado llamó desde el hospital, durante la mañana le darían el alta a Raúl. Vio a Jacinta suspirar aliviada y sonreír. Todo había terminado bien. Antes de irse, abrazó a Peonia.

—Prométeme que repetiremos esto en otra ocasión. —le dijo con cariño.

—Las veces que quieras, me lo he pasado muy bien.

Vio sonreír a su hermana y asentir.

—Me gusta esta nueva Peonia, no la pierdas de nuevo.

Le dio un beso en la mejilla y se fue con todos los niños. La casa volvió a quedar en silencio. Las chicas de la limpieza no tardaron en llegar y su chófer llamó a la puerta, preocupado.

—¿Cómo está su sobrino?

—Hoy vuelve a casa, solo ha sido un susto.

—Me alegro. Y… —miró su aspecto, todavía en pijama— ¿no piensa ir a trabajar?

Ella sonrió.

—Hoy no, ahora llamaré para decirles que me cojo unos días de vacaciones, tengo cosas que hacer. Tú puedes ir a casa, si te necesito te llamaré.

—¿Está segura?

—Completamente.

Nunca había estado tan segura de nada en toda su vida.

Cerró la puerta y cogió el móvil. Tenía mucho que preparar, no tenía un segundo que perder. Llamó a su trabajo, luego a su abogado y luego a su asesor.

—Lo has oído perfectamente, vende mi casa de vacaciones, no la necesito. Sí y quiero vender todos los muebles que tengo en esta. Tengo mis razones, tú solo encárgate de sacar el mejor precio. Y búscame un piso de una habitación cerca de aquí. Sí, solo una habitación, no necesito más. Luego que venga alguien a tomar medidas, quiero saber cuántas literas caben en las habitaciones y cuántas mesas grandes en los salones. Necesitaré sillas y estanterías. Quiero el garaje y el trastero lleno de estanterías. Y congeladores grandes, neveras, lavavajillas, todo industrial si puede ser. No me he vuelto loca y si así fuera, no es de tu incumbencia, limítate a hacer lo que te pido. Y mira también alguna compañía de autobuses o autocares que trabaje por aquí. También necesito que reacondicionen los cuartos de baño para gente mayor, ya sabes, que pongas barras, asientos, no sé, lo que sea para que puedan limpiarse sin problemas. ¿Por qué? Porque sí. Ya sé que mis padres ya murieron, deja de interrogarme, ¿quieres? Y una silla de esas para no tener que subir las escaleras. Sé que todo eso es caro, por eso vendo la casa de vacaciones y los muebles, también quiero vender los coches, solo me quedaré el utilitario. Pues sí, estoy loca, pero haz lo que te pido. Ah, y la ropa, no necesito esos abrigos, ni las joyas. Quiero sacar todo el dinero que pueda, debo comprar mucha comida. ¿Para qué? Qué pesado eres, voy a crear un hogar para las personas sin techo. ¿Por qué? Porque lo necesitan. ¿Qué pasa con Hacienda? De eso te encargas tú, es una obra benéfica, apáñate, para eso te pago. Sí, eso es todo, de momento. ¿Lo has anotado todo? Bien, gracias. Por cierto, quiero que todo esté arreglado antes de nochevieja. Ya sé que falta una semana. Contrata a toda la gente que sea necesaria. Quiero esto vacío y reorganizado para entonces.

Una vez colgó, subió a vestirse. Tenía que visitar un lugar.

16

Se detuvo en la acera de enfrente, observando la casa que, en otra vida, la había acogido. Estaba igual, la fachada bien pintada de color blanco, la puerta entreabierta para dejar pasar a todo el que necesitara un hogar. Sonreía, recordando los buenos momentos que pasó allí.

Entonces, le vio. Se acercaba a la casa con Pablo. Estaban hablando, Peonia no podía escuchar la conversación. José volvía a tener barba y se le veía desaliñado. Tendrían que empezar de cero. Los vio entrar en la casa.

Durante el trayecto hasta allí estuvo pensando en qué podía decir para que la dejaran entrar, o la dejaran ayudar. No iba vestida con sus mejores ropas, de todos modos, se veían de mejor calidad que la de ellos. Sabía lo que pensó de ella José cuando la vio y tenía razón. Era una mujer adinerada que no se preocupaba por nadie más que por sí misma. Una estirada, una clasista.

Su móvil sonó, era su asesor. Lo cogió.

—Tenemos un problema. —Le dijo a forma de saludo.

—¿Qué pasa?

—Tus vecinos, quieren saber por qué vendes todos tus muebles, tu ropa, me han hecho preguntas, incluso he recibido la llamada de algún abogado.

—¿Por qué? —dijo alarmada.

—Les he tenido que explicar que la casa se va a convertir en un hogar para la gente sin techo. Se niegan en rotundo, no quieren, te lo digo como me lo han dicho, gentuza en su barrio, drogadictos, ladrones y piojosos. Eso es lo que me han dicho, sí.

—No son nada de eso, ponles una querella, es mi casa, puedo hacer lo que me dé la gana con ella.

—Si los vecinos te denuncian, tu locura de crear un albergue se terminará antes de comenzar. Tienen dinero, pueden paralizar cualquier proyecto.

—Yo también tengo dinero, puedo costearme el juicio. Y mientras nos denuncian, mientras vamos a juicio, esas personas se refugiarán en mi casa, al menos estas navidades, luego ya veremos.

—¿Quieres que busque otro lugar?

—No, el lugar lo tengo —dijo mientras miraba la casa—, necesitará arreglos y alguna ampliación, una restauración completa, pero mientras tanto, lo dicho, sigue adelante con el proyecto, se acerca un gran temporal y necesito que esas personas tengan un techo donde cobijarse. Después hablamos, tengo algo que hacer.

—Tú mandas, haré lo que pueda.

Peonia colgó sin entender qué problema había en llevar a unas personas pobres a su casa. Iban a estar en su casa, no en la de ellos. No molestaban a nadie. ¿Y ella fue así? Sí, claro que sí. Se despreciaba. Pero, por algún motivo podía volver a empezar y eso iba a hacer.

Cruzó la calle y llamó con cuidado a la puerta. Estaba abierta, pero no quería irrumpir sin más. Fue José quien se acercó a ver quién era. Peonia se quedó mirándole, cuando le conoció no le pareció guapo, le pareció un hombre desaliñado, pobre, invisible, que nada tenía que ver con ella, sin embargo, en ese momento, le veía diferente. Era alto, era fuerte, sí, puede que algo desaliñado, pero solo tenía que mirar aquellos ojos oscuros y profundos para recordar lo buena persona que era, para recordar que, en otra vida, se enamoró de él por cómo era y no por quién era.

—¿Desea algo? —le dijo él de forma educada, la miraba extrañado, no debía ver mujeres como ella por allí.

Peonia se aclaró la garganta tosiendo un par de veces.

—Disculpe, busco a Laura.

—¿Quién la busca? —preguntó algo receloso.

Peonia sintió algo de tristeza al pensar que no le recordaba, de hecho, no la conocía.

—Sí, perdona, mi nombre es Peonia, necesito hablar con Laura, he conocido de su labor en esta casa y quería ofrecerle un trato.

Él frunció el ceño.

—¿Qué clase de trato?

Peonia no se molestó, sabía que a José no le gustaban las mujeres como ella, bueno, las mujeres que eran como lo fue ella. Todavía no le conocía.

—Si me dejas hablar con ella, creo que le gustará. Puedes escuchar la conversación, no me importa.

Le vio dudar un momento y luego retirarse de la puerta para dejarla entrar.

—Gracias. —le dijo ella.

Al entrar en la casa le vinieron gratos recuerdos. Vio la pared vacía donde Andrés pintó un precioso árbol de navidad. Aún no habían decorado la casa, era mejor que no lo hicieran, sabiendo lo que ella sabía, debían salir de allí cuanto antes.

José la condujo a la cocina.

—Laura, alguien quiere hablar contigo.

Laura salió de la cocina y la recordó como cuando la acogió, alegre, con una sonrisa, amable. Peonia le sonrió y le ofreció la mano, Laura se limpió las manos en el delantal y le devolvió el saludo.

—¿Qué se le ofrece?

—Le agradezco que me atienda, verá, he oído la gran labor que está realizando en esta casa, la ayuda que ofrece a tantas personas que lo necesitan. —Miró la casa y luego a Laura—. Sé que esta casa es el refugio de mucha gente, pero necesita reformas, necesita una ampliación, el tejado está viejo y es un peligro…

—Espere, ¿quién es?, ¿qué quiere? —le preguntó Laura también desconfiando. No solían recibir ayuda de nadie.

—Soy una mujer que ha tenido éxito en la vida, tengo un buen trabajo, tengo dinero, un dinero que no necesito, pues ya lo tengo todo. Soy una mujer que una vez necesitó ayuda y la encontró en personas con un corazón enorme, como el suyo. Soy, si me dejas, una amiga, una benefactora. Te ofrezco mi ayuda, mi dinero y mi casa…—Aquí se detuvo para sacar las llaves del bolso, se las entregó a una Laura confusa—. De momento puedes llevar a todos a mi casa, la están acomodando con literas y mesas para acoger al máximo de personas posible. Me he informado, esta casa, su deterioro, es un peligro para todos, es preciso que se reforme. Ya he hablado para que se lleve a cabo, pero, mientras se arregla esta casa, te ofrezco la mía.

Laura sostenía las llaves en la mano sin cerrar, mirando perpleja a Peonia.

—¿Por qué? —solo supo decir.

—Porque sé que tú lo harías por mí y por todos ellos.

17

Aún la miraba desconcertada, sin moverse, Laura miró a José, como pidiéndole consejo y éste no tardó en salir en su defensa.

—No podemos aceptar su casa, además, seguro que está en un barrio de lujo, ¿me equivoco?

—Sí, bueno, pero solo será por un tiempo, hasta que esta casa esté rehabilitada. —dijo Peonia.

—¿Y la gente que vive allí ve bien que un montón de pobres vayan a ser sus vecinos? —preguntó José mirándola fijamente.

—Es mi casa, puedo hacer lo que quiera.

Laura le devolvió la llave.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero nos apañamos bien, su casa seguro que es muy bonita y demasiado lujosa para las personas que acojo.

Peonia sentía que perdía la batalla, no podía consentirlo, en breve habría un gran temporal, toda la comida se perdería.

—Se acerca un fuerte temporal de nieve y viento, bajas temperaturas. No podrás acoger a todo el mundo, aquí no caben, el tejado puede hundirse, está en muy malas condiciones, solo te pido que os quedéis unos días, hasta que el temporal pase y esta casa vuelva a ser habitable. ¿Quieres que alguien sufra un accidente? En mi casa estaréis bien, con espacio, calientes, con mucha comida, muchas mantas. Ahora mismo están encargando literas para acoger a todos los que podamos. Dejadme que os ayude, por favor.

José la miraba con algo de recelo, no tanto como al principio.

—Haremos una cosa, ¿por qué no me lleva a ver su casa? —le preguntó José.

—No es necesario, José, aquí estaremos bien. —dijo Laura.

—Lo que dice esta mujer es cierto, la casa está vieja, necesita reformas y si es verdad que viene un fuerte temporal, no sé si el tejado aguantará. No quiero correr ese riesgo. —dijo José con la practicidad que le caracterizaba.

—Está bien, ve con ella y yo informaré a todos, no creo que quieran ir, al menos la mayoría.

—Habrá un papá Noel esperándoles, tal vez eso ayude a convencerles.

—¿Ha contratado a un papá Noel? —preguntó José inquisidor.

Peonia empezaba a cansarse de tanto interrogatorio. ¿Qué esperaban? Les ofrecía ayuda y recelaban, la interrogaban, ¿cómo querían que les ayudaran si desconfiaban de todo el mundo?

—Mirad, papá Noel es un buen amigo, no intento engañaros y mucho menos he venido con mala intención, dadme un respiro, por favor. Solo quiero ayudar.

Laura la miró comprensiva.

—Lo siento, no estamos acostumbrados a recibir ayudas tan… generosas.

—Lo entiendo —le contestó Peonia luego miró a José—. Cuando quieras, te enseño la casa.

—Detrás de ti.

Peonia recordó sus inicios con él, la primera vez que se vieron frente a la fogata, cómo la miró, Peonia supo de inmediato que no le gustaba. A ella tampoco le gustaba un hombre sucio y desaliñado, con aquella barba. Ambos se fijaron solo en el aspecto, se juzgaron sin conocerse. Fue después, pasando tiempo juntos, hablando, viendo cómo se comportaban, cuando vieron cómo eran realmente. Él la vio, vio a una Peonia que ella misma desconocía, que había olvidado, enterrada tras montones de trabajo y dinero. Laura, su casa y su gente, le hicieron cambiar, volver a sus inicios, volver a recordar lo que era dar, recibir, compartir.

—¿Quién te ha hablado de Laura?

Le sacó José de sus pensamientos. Iba junto a ella, a cierta distancia, como si se avergonzara

de su ropa, o su olor. Aunque debía reconocer que no olía mal, no iba sucio, la verdad. Su ropa se veía vieja, desgastada, pero limpia.

—Mi amigo papá Noel, Nicolás.

Él la miró con una sonrisa.

—Claro, y mis mejores amigos son los pitufos.

Ella le miró divertida.

—¿No me crees?

—Estamos en Navidad, hay muchos papás Noel por ahí.

—Bueno, sí, tal vez sea coincidencia, pero su nombre es Nicolás, al menos, eso me ha dicho, ¿por qué iba a engañarme? Me ha ayudado mucho.

—Tal vez solo quiera tu dinero, se esté quedando contigo.

Peonia se detuvo un momento.

—¿Por qué desconfías tanto de la gente? Es un hombre bueno, que me ayudó cuando más lo necesitaba, sin pedir nada a cambio. Él es el responsable de que ahora vea el mundo con otros ojos, de que también quiera ayudar a quien lo necesita.

—Hablas como si hubieras salido de una secta.

Peonia se cruzó de brazos.

—Bien, suéltalo, ¿qué pasa? ¿Soy yo, mi ropa, mi dinero? ¿Qué te molesta?

—Solo tengo dudas, ¿vale? Una mujer viene a ayudarnos porque sí, una mujer que apesta a dinero, que alardea de una gran casa que, generosamente, nos dona para llenarla de indigentes. Perdona, pero me parece sospechoso. Poca gente, muy poca gente da algo sin pedir nada a cambio. ¿Qué quieres, qué buscas? ¿Reconocimiento, saldar una cuenta pendiente con tu conciencia? ¿Esquivar a Hacienda?

—Me sorprende que hables así. Entiendo que puedas haberlo pasado mal, que la vida te haya pegado fuerte, pero tú, más que nadie, sabes que hay gente que da lo poco que tiene por ayudar, para devolver o para evitar lo que a ellos mismos les ha pasado. Ahí tienes a Laura y Juan, lo perdieron todo y, cuando la vida les dio otra oportunidad, ¿qué hicieron? Compartirlo, ofrecer su casa y su tiempo a favor de los más desfavorecidos. ¿Y ahora dudas de mí?

—No sé cómo conoces a Laura y Juan, pero no puedes compararte con ellos, dudo mucho que hayas pasado por una experiencia similar a la de ellos.

—Te equivocas, ese es tu problema, José, siempre juzgas antes de conocer a las personas. Sí me he visto en una situación donde lo perdí todo, sé lo que es no tener nada y alguien me ayudó, me dio la mano y me ofreció otra oportunidad. Solo quiero evitar que alguien pase por lo mismo. Tengo dinero, sí, por eso sé que puedo ofrecer más ayuda que Laura, tengo más recursos para ofrecer cobijo y comida a más personas.

José la miró desconcertado.

—Hablas como si ya me conocieras —se extrañó él.

Peonia se quedó parada, él tenía razón, le había hablado con demasiada confianza, ella le conocía, pero él no lo sabía.

—Bueno, me recuerdas a alguien que conocía hace un tiempo, alguien al que le tenía cariño.

Él bajó la mirada, confundido. Luego alzó los ojos hacia ella y se encogió de hombros.

—Te sonará extraño, pero, no sé, tu cara, tu forma de hablar, es como si ya te conociera.

Ella sonrió.

—Tal vez en otra vida.

18

—Esto es enorme, caben cien casas de Laura solo en tu salón.

Dijo José mirando asombrado la casa desde la entrada.

—Bueno, todo lo que ves ahora va fuera, supongo que esta tarde comenzarán a sacar todos los muebles y espero que mañana esté todo vacío. Aquí —le decía llena de entusiasmo mientras señalaba el gran salón— pondremos varias mesas grandes, con sillas cómodas, nada de sillas de madera. Luego, en las habitaciones, pondremos literas, podemos poner varios sillones o sillas de escritorio en la biblioteca, seguro que a muchos les encantará poder pasar un rato leyendo…

—Para, para, se te ve eufórica, ¿tanto te importan unas personas que no conoces?

Ella se detuvo, la verdad es que se sentía feliz, hacía tiempo que no se sentía tan llena de vida.

—Ya te he dicho que necesité ayuda, solo quiero devolver el favor. Y esta casa es grande para una persona sola. Por cierto, me gustaría comprar un árbol, adornos y también pinceles y pintura acrílica, sé de alguien a quien le encantará poder pintar alguna de estas paredes.

José la miró extrañado.

—¿Conoces a Andrés?

—Me han hablado de él y estoy segura de que es un gran artista.

—La verdad es que sí. —La miró con una sonrisa—. Me sorprendes, no esperaba que alguien como tú, con tanto dinero, tuviera un corazón tan grande.

Ella sonrió con cierta timidez.

—No más que el tuyo, he visto como ayudas a Laura, cómo te vuelcas en las personas que necesitan ayuda, eres un gran hombre.

José bajó la mirada y encogió los hombros.

—No lo soy tanto, hay cosas de mi vida de las que me arrepiento y me avergüenzo.

Peonia sabía a qué se refería.

—Todos tenemos un pasado, lo malo del pasado es que no se puede cambiar, lo bueno de la vida, es que te ofrece un mañana que puedes mejorar. Yo también me arrepiento de muchas cosas, pero me han ofrecido una segunda oportunidad y pienso aprovecharla al máximo.

—Me alegra oír eso, si más gente fuera como tú, la vida sería muy distinta. Ni siquiera tendríamos que estar pensando en cuántas personas podemos acoger en esta casa.

Peonia se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

—Si más personas fueran como tú, como Laura, el mundo sería mejor.

Se miraron a los ojos, en silencio durante unos segundos. De forma inconsciente, Peonia cerró los ojos y se puso de puntillas, alzó la barbilla hacia él y preparó sus labios para un beso.

—¿Quieres que te bese? Sé que te he dicho que es como si ya nos conociéramos, pero acabamos de vernos. Por mí, ningún problema en besar a una mujer tan bonita como tú, pero no creo que quieras besar de verdad a un hombre como yo.

Peonia abrió los ojos, ruborizada. Ella sí le conocía, claro que él no. Se pasó la mano por el pelo, nerviosa, mirando a otro lado.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado, ha sido el momento, tal vez, qué vergüenza…

—Tranquila, solo dame algo de tiempo, me gustaría conocerte mejor.

Lo miró y le sonreía, esto la avergonzó aún más.

—Bueno, tal vez si te afeitaras, seguro que estás muy guapo sin barba.

Él se tocó la barba, pensativo.

—Sí, puede que lo haga. Por cierto, me gustaría ayudar a sacar los muebles y montar los nuevos, ¿te importaría?

Agradecía que cambiara de tema.

—Para nada, esta es ahora tu casa, toda ayuda será bienvenida.

Él asintió.

—Debería ir a decírselo a Laura, podemos ir a ver árboles más tarde, si te parece bien.

—Sí, claro, sin problema, quedamos aquí, cuando te vaya bien.

José se acercó a la puerta, pero no la abrió.

—¿Estás segura de que a los vecinos no les importará lo que estás haciendo?

Alguien llamó a la puerta en ese momento, él la miró indeciso, ella asintió para que abriera. José así lo hizo y, tras la puerta, apareció papá Noel.

—José, me alegra verte por aquí.

José miró a Peonia desconcertado, ella se encogió de hombros, sonriendo.

—Te dije que era mi amigo.

—Nicolás, un placer. —dijo papá Noel ofreciéndole la mano a José, éste se la estrechó medio ausente—. He oído algo de los vecinos y de un centro para los más necesitados. Por favor, dejadme a mí hablar con los vecinos, dejad que haga mi magia de navidad. Salgamos fuera.

Ambos le obedecieron, José la dejó pasar a ella primero, siempre tan atento. Nicolás cogió aire y comenzó a soplar en todas direcciones. Un aire frío envolvió las casas circundantes.

En voz baja y acercándose al oído de Peonia, José le dijo:

—¿Este tío está loco?

Ella sonrió.

—Confía en la magia de la navidad. —dijo ella.

Poco a poco, empezaron a salir los vecinos y a acercarse a ellos.

—Peonia, querida, he oído que vas a vender lo muebles para una buena causa, me gustaría comprarte alguno.

—Peonia, ¿es cierto que vas a crear un centro para ayudar a los que no tienen nada? Yo puedo traer comida el día de navidad, siempre me sobra mucha.

—Yo tengo un árbol que iba a tirar, pero seguro que te irá bien para adornar la casa en estos días especiales, también tengo varios adornos, puedo ayudarte a decorar.

—Peonia, yo tengo montones de ropa que iba a donar a la beneficencia, te los traeré.

—José, deberías ir a hablar con Laura, el proyecto está en marcha. —le dijo Nicolás.

Él asintió, dejando a Peonia hablando con sus vecinos, asombrada del buen corazón que tenían todos. Sonrió a papá Noel y, sin hablar, moviendo los labios, le dijo: Gracias.

19

Nochebuena

La casa estaba llena. La predicción del tiempo no se había equivocado y la tormenta de nieve, fuerte viento y bajas temperaturas se cumplió. Nicolás se encargó de hablarles a todos de la casa y muchos asistieron sin dudar. Les ofrecían techo y comida caliente, así como un lugar de lectura, en un lugar privilegiado. Peonia miraba a todos, había una familia entera, con dos niños de entre ocho y diez años, que habían estado viviendo en una furgoneta. Matrimonios, ancianos, chicos jóvenes de unos veinte años. Todos asistieron porque vivían en la calle, porque no tenía ni para comer. Agradecía poder ofrecerles un hogar.

Laura también estaba allí, ya había anunciado su embarazo y se la veía feliz. Juan la acompañaba, el verdadero Juan. Pablo, Engracia, Andrés, que estaba concentrado mientras pintaba una de las paredes. Lo mejor fue verle la cara de felicidad al ver los pinceles y las pinturas. Fue un gran regalo para Peonia.

Nicolás se paseaba por todos lados, ofreciendo caramelos y sonrisas, aportando ese toque navideño tan especial. El árbol estaba encendido, lleno de adornos y postales escritas con buenos deseos. Bajo el árbol, un pequeño regalo para cada uno de los presentes.

En el aire se olía a sopa de pescado, a redondo de ternera, a gambas, los cocineros preparaban una gran cena. Tendrían turrón, mantecados, mazapanes, había surtido la cocina con todo lo que se le ocurrió para que todos pudieran elegir y nadie se quedara sin comer.

De fondo se oían villancicos, risas, charlas. Su hermana se le acercó, no quiso perderse ese gran acontecimiento.

—Has hecho un gran trabajo, hermanita, nuestros padres estarían orgullosos de ti. Mira toda esta gente, está feliz, están calientes en una casa y van a tener una cena de reyes. Te admiro, Peonia, me alegra estar aquí, contigo, me alegra ser tu hermana.

Peonia le miró con lágrimas en los ojos, la abrazó.

—Te quiero. —le dijo apretando el abrazo.

—Señorita, ¿puedo robarle a su hermana un momento?

Era José, Jacinta asintió.

—Espero que tú seas el que le quite a esta mujer el cartel de soltera de oro, por favor, quiero ser tía.

Peonia la empujó con cariño mientras se reía. Jacinta le lanzó un beso y se fue a buscar a su familia.

—Ha sido un trabajo duro, pero lo hemos conseguido.

—Todo ha quedado perfecto y todos parecen felices.

José la miró.

—Tú eres feliz, se te ve y estás preciosa.

Se había afeitado, como dijo y se había vestido con chaqueta y camisa, estaba realmente guapo.

—Gracias por acompañarme en esta aventura.

—Creo que dejamos algo pendiente el otro día. —Se puso delante de ella y le puso las manos en la cara, con cariño. La miraba sonriente, con ternura—. Ahora aceptaría ese beso encantado.

Ella sonrió y cerró los ojos. José la besó y su felicidad fue completa. Una voz al fondo que reconocía de papá Noel, se escuchó.

—Feliz Navidad a todos, ho ho ho.